HORMESINDA,

TRAGEDIA

DE

DON NICOLÁS FERNANDEZ de Moratin, Criado de S.M.

REPRESENTADA EN EL COLISEO del Principe por la Compañia de Ponce este año de 1770.

CON SUPERIOR PERMISO.

MADRID: En la Oficina de PANTALEON AZNAR, calle del Arenal.

Se hallarà, con las demàs Obras del Autor, en la Librerìa de Castillo, frente de S. Phelipe el Real; y en la de Escribano, frente de la Aduana, calle de Atocha.

Grande ſonant Tragici, tragicos decet ira cothurnos:
Verſibus è mediis ſoccus habendus erit.

Ov. de Rem. *Amor.*

PROLOGO

DE DON IGNACIO BERNASCONE.

SI los hombres no tuviesemos embidia, ni amor proprio, yo dirìa algunas alabanzas de esta Tragedia; pero no quiero tan mal à su Autor, que le concilie enemigos con mis elogios. Gran virtud se necessita para alabar el merito de uno que vive entre nosotros, pues nos parece quedarle inferiores, y esto no lo sufre nuestra vanidad. Abundan por desgracia los exemplos de hombres insignes, casi despreciados en vida, y celebrados en muerte, y es tan antiguo este vicio, que Marcial se quexa de èl, dando por causa la embidia. Yo no dirè que no hay espiritus superiores que hacen justicia ingenuamente; pero tambien los hay tan perversos, que aun viendose precisados á celebrar el merito de una obra, dexan siempre un resquicio à la malicia. No pretendo por eso que las Piezas no se censu-

ren : pero quando el todo es bueno, ſe puede, y aun ſe debe perdonar algun deſcuido. Para juzgar de eſta Tragedia, quiſiera que no la imaginaſen coſa de el dia; ſino alguna traduccion, ù obra de un Autor antiguo, hallada por gran fortuna entre las ruinas de alguna Biblioteca derribada. Ya ſe ha practicado eſta induſtria algunas veces para caſtigar la embidia ácia los modernos, y moderar la preocupacion ácia los antiguos. Si la Poesìa fueſe tan demoſtrable como la Mathematica, yo harìa confeſar à los lectores inflexibles ciertas verdades; pero como es coſa de mero guſto, en no conformandoſe, ò fingiendo que no ſe conforma con el ſuyo, deſpreciaràn la miſma Eneyda por eſta frivola razon. No obſtante, no faltan muchas para perſuadir la perfeccion de una Pieza, pues ademàs del conſentimiento de los inteligentes deſapaſsionados, la obſervacion de las reglas no puede ocultar engaño. Que hay reglas fixas para qualquier arte, es coſa

cier-

cierta, y que esta Tragedia las observa, es induvitable: y no solo observa las generales, sino algunas mas delicadas. En efecto, nadie me podrà negar que esta es una Tragedia sin amor, sin episodios estraños, sin soliloquios, sin apartes, sin dexar solo el Theatro desde el principio hasta el fin; no solo al de las Scenas, sino tambien al de los Actos: de tal suerte, que estos, y aquellas estàn eslabonados sin interrupcion: circunstancias tan dificiles, que no se agraviarà nadie porque yo diga que no se hallan juntas en ninguna otra Tragedia que yo sepa, ni las tiene todas Terencio en su celebrado Eunuco. Se ha omitido el Argumento, porque de el contexto de la Tragedia deben resultar las noticias necesarias para su inteligencia, y por lo mismo es superflua la explicacion de los Personages: asi lo ha practicado el Maffei en su Merope, y los mejores Trágicos modernos. Añadese à esto, que el Autor no se propuso imitar à ningun Dramatico; y asi eligiò asunto

de la Nacion, imitando ſolamente à quien imitaron los mas famoſos; eſto es, à la miſma Naturaleza, por lo qual intentò hacer hablar à ſus Perſonagès aquello que juzgò que hablarian en ſemejante conſtitucion. Haciendo eſta imaginacion viviſima, ſe obſervan todas las reglas aun ſin haverlas eſtudiado, y de eſto reſulta naturalmente la obſervancia de las tres unidades, la qual es aqui tan riguroſa, que la de accion no ſe interrumpe con epiſodios agenos de la materia: la de lugar ſe reduce à un ſalòn; y la de tiempo es tan exacta, que no ſolamente no dura mas de lo que tarda en repreſentarſe, pero ni puede durar mas, porque ſerìa inveroſimil que no ſe deshicieſe el enredo, que conſiſte en una equivocacion, cuya naturalidad, y ſencillèz es ſu mayor artificio, y la diſculpa de la credulidad de Pelayo, que ſolo dura dos horas: de tal modo, que ſi todo ello ſucedieſe hoy, quizà no ſucederia de otra ſuerte; pues haſta las entradas, y ſalidas

eſ-

eſtán diſpueſtas con reflexion. Oyendo hablar què hay reglas, algunos han penſado, que en fingiendo que varias perſonas hablan en un parage, ſe cumplia con la perfeccion de el Drama, aunque hablaſen mil deſatinos; y aſi los han publicado con gran ſatisfaccion. Otros que ignoraban menos, ſabìan muy bien, que para una Tragedia, ò Epopeya, ſe neceſsitaba una accion grande, tratada con eloquencia, con tales, y tales reglas, &c. Obſervaron las principales, y ſaliò una Pieza inſipida, dando ocaſion à los ignorantes para decir, que una Pieza ſegun arte, no agradarìa por no atinar el motivo de el poco aplauſo de aquellas. Eſta obra (decian) obſerva las reglas, y no agrada. ¿En què conſiſte? Reſpondo, que conſiſte, en que aunque ſus Autores hayan eſtudiado la Poetica, no ſon verdaderos Poetas, ni eſtàn dotados por la Naturaleza de Invencion, Numen, Enthuſiaſmo, ò Furor poetico, ò como quieran llamarlo: el que no tenga eſtas prendas, tra-

bajarà inutilmente, y ſiempre harà piezas frias; porque no baſta el eſtudio ſin la vena, como yà lo advirtiò Horacio: y èl miſmo advirtiò tambien, que tampoco baſta la vena ſin el eſtudio, y por deſcuido, ò ignorancia, ſe han malogrado grandes talentos, los quales ſin atender à la razon, ſe dexaron arrebatar de la fantasìa libre; y aſi no es maravilla que un ingenio (fecundiſimo ſin duda) dieſe mas de dos mil Piezas; pero (como dice Carlos de Nina) ¿còmo era poſible que fueſen perfectas, quando apenas hay en la naturaleza mas que diez ò doce caracteres originales que imitar? No obſtante, fue tenido por monſtruo ſu ingenio; pero yo ſin quitarle la gloria que le confieſo guſtoſo, le admirára mas por una, ò dos Piezas con las reglas indiſpenſables de el Arte, que por tanta multitud deſarreglada. Aunque me repliquen que hay coſas excelentes en ſus obras, lo confieſo, y no lo eſtraño, pues ademàs de concederle un talento ſuperior, (que cierta-

men-

mente le tenia) era preciſo que eſcribiendo tanto, acertaſe algo, aun quando no le tuviera, como ſucederìa à quien vaticinando muchos ſuceſos, acertára por caſualidad con algunos, pero eſte es un acaſo; y yo ſoy de opinion, que eſcribiendo tan libremente, no hay monſtruoſidad, ni maravilla. Buſquenme en todas ſus Obras, y en las de ſus inſignes competidores, otra Pieza con las circunſtancias de eſta, y en hallandola, reputenme por apaſsionado. La reſpueſta que me dan es, que aſsi agradan; pero yo digo, que agradan por algunas circunſtancias loables, que no he negado; y es error manifieſto decir, que agradarà el deſarreglo; y aun quando eſo fuera, el mal guſto ſe debe corregir, no promover. Bien sè que algunos Poetas, no ſolo Eſpañoles, ſino Italianos, y Franceſes, diſculpan ſus deſcuidos con la condeſcendencia del Pueblo, diciendo por diſculpa: ¿*Quieren que ſe engañe todo un Pùblico*? A eſto reſpondo, que un Público reflexivo, y

eru-

erudìto no es facil que ſe engañe ; pero un Público viciado , y ſin reflexion aprobarà lo mas ridiculo , y mas obſceno , de lo que ſobran exemplos , como ſe ha viſto en la Comedia de *Marta* , repreſentada ultimamente , y el decir lo contrario es falta de ingenuidad. No obſtante, puede ſer buena una Pieza , y no agradar en el Theatro , como ſucedió en Venecia la primera vez con la celebrada Merope del Maffei , y puede agradar otra peor ; pero éſto procede de la combinacion de circunſtancias exteriores,ò advenedizas, que ocurren ; y en prueba de eſto ſe ha obſervado , que una miſma Pieza ha tenido diferente fortuna en ocaſiones. Los que ſe precian de entender el Theatro, pueden averiguar en què conſiſte. Yo no hallo motivo para creer que la Hormeſinda no logre aplauſo , con tal que los Actores ſepan declamar en ella con toda la pompa , y expreſsion que ſe requiere en paſiones tan violentas , pues es notorio,que un mal Repreſentante deslucirà

la

la mejor Obra. La locucion no puede ſer mas noble, ni mas Poetica, para un Drama tan heroyco, y aunque algun verſo parezca duro, ſe ha de conſiderar la perturbacion de los Perſonages, y por eſſo uſa algunas veces de la figura Hyperbaton, y algunos epithetos, pues noſotros, y los Italianos tenemos lenguage Poetico, ſin dexar de ſer Theatral. Toda la Tragedia eſtà compueſta en un genero de ſylva endecaſilaba, uſando de aſonantes, y conſonantes, ſegun ocurren, ſin buſcarlos, ni deſecharlos: con eſto ſe evita la monotonia, que reſulta de las eſtrophas; y la poca harmonìa, que algunos imaginan (ſin razon) en el verſo ſuelto. Dos generos de gentes hacen decir à los Autores lo que jamàs penſaron: eſtos ſon los Comentadores apaſionados, y los Criticos embidioſos: yo por no parecer de los primeros no me detengo á hacer analyſis de la Pieza, y à buſcar en cada palabra un myſterio; pero advierto á los ſegundos, (de quienes ningun Autor ſe

de-

debe espantar sin motivo) que aunque una Obra no estè á su gusto, no por esso passará por mala, mientras no pongan justos reparos; y en caso de no ser inverosimil lo escrito, siempre tiene el Autor mejor derecho; y ultimamente, la Poesìa es como la Pintura: si esta Tragedia es un lienzo que da una grande idea del sucesso de Hormesinda, cumpliò el Autor con su obligacion, y aun quando huviese algunos pequeños reparos, se debe suponer que son descuidos perdonables, de la misma calidad que las erratas de Imprenta, ò las de algun manuscrito, que las corrigen los lectores sin capitular al Autor. Yo no dirè que no tengamos Ingenios; pero lo cierto es, que si alguno de los que hoy viven ha escrito una Obra como esta, todavia no la hemos visto: á lo mas que se han atrevido es á alguna traduccion, y tan infelìz, que exceptuando tres, ò quatro, las demàs no deben nombrarse. El Autor de la Hormesinda ha dado muestras de varias clases

de

de Poesìa, que no limò, y aunque no niego que en nueſtros dias hemos viſto algunos raſgos excelentes, creo muy bien que los ſuyos baſtaràn á diſtinguirle de los verſificadores, y copleros. Su Comedia la *Petimetra* fue criticada en un Prologo de una traduccion de el Britanico, hecha no ſobre el original del Racine, ſino poniendo en mal verſo la excelente proſa de el que ſe ocultò con el Anagrama de Don Saturio Iguren. La Critica ſe reduce á generalidades, como hacen muchos, y à decir que los verſos eſtán defectuoſos. A eſto no reſpondo, ſino que vea quánto quiere por cada verſo, que encuentre mal medido, como eſtà eſte entre otros de ſu traduccion: *Bien puede ſer que Britanico.* Noteſe que el eruditiſsimo Aprobante llama traduccion à la Petimetra, quizàs por haver oìdo hablar de la *Petit Maître à Londres* Comedia Franceſa, ſiendo aſi, que lo mas en que ſe parece, es en el titulo. Mas juicioſa fue la cenſura que hizo de la Lucrecia, Tragedia de el miſ-

mo

mo Autor, el de la Aduana Critica; pero sus reparos son estos: cree alguna expresion hyperbolica de el Prologo, como si no huviera hyperboles en el mundo. Cree que ignore el Autor el nombre de su llorado (*) Amigo Don Agustin de Montiano, y por consiguiente el de todas las Tragedias que cita en sus dos discursos, quando hace mencion de èl en el Prologo de la Petimetra; y lo que es mas, en el mismo de la Lucrecia dos veces, aunque sin nombrarle. Cree que dificilmente se combinan instruccion, y numen, siendo (como se ve aqui) mas dificil de combinar la rectitud con el deseo, y aun con la obligacion impuesta por sì mismo de criticar quanto salga: Cree que porque se cita à T. Livio, Floro, y Val. Maximo, hay obligacion de seguirlos à la letra, y de aqui infiere, que no se observan las unidades, sin reparar que

no

(*) *En el Poema de la Caza.* Cant. 6.

no hay Tragedia en el mundo en que no altere el Poeta, pues los sucesos no acaecen siempre adaptables al Theatro, y asi aunque Tarquino muriese lexos de alli, pudo fingir el Poeta, como lo hizo, que muriese en el Theatro. Tampoco importa saber la distancia que havia asta Ardea, porque no dice en la Tragedia que llegaron allà quando se fueron, sino que volvieron desde el camino. Tambien es de parecer, que à Bruto se le debia haver hecho simple, porque èl lo fingìa ser, sin reparar lo ridiculo que serìa su papel sobre la Scena. Tambien es de opinion, que las fábulas dobles no son las mejores para el Drama, quando hay exemplos famosisimos en contrario. Le parecen inutiles los amores de Valerio, y Claudia, quando estàn tratados ligeramente, y de ellos resulta hacer al tyrano mas odioso. Cree que el lance de Lucrecia no sea propio para el Theatro, queriendo que no excite el terror, y lastima, sin reparar que aun quando ello fuera asi

es,

es cosa ya muy sentada, que se deben corregir todas las demàs pasiones, pues aunque Aristoteles nombra estas, se sabe, que su Poetica es muy breve, y como algunos quieren no es un tratado perfecto; sino un compendio, ò apuntamiento sin estender. Dice que la diccion, y sentencia no es muy sùblime, y en prueba de ello, critica la palabra *cicatrices* con tanto rigor como pudiera un Profesor de Anatomìa, siendo asi, que los Poetas tienen alguna mas libertad que los Facultativos; pues el mismo Virgilio llama *puer* à un recien nacido, à Ascanio, à Marcelo, à Palante, y lo que es mas, à Cesar, y à Pompeyo. No le agrada la palabra *descreìdo*, no obstante que en el mismo sentido la usa Fray Luis de Leon, y Don Alonso de Ercilla, y no en ningun Entremès. No le parece expression noble *arrancar de quajo*, aunque es voz muy Castellana, y usada por el dicho Fray Luis de Leon, y por Fray Luis de Granada, ya se supone que en obras sérias.

rias.

rias. Cree ultimamente, que el decir Lucrecia *quando Dios queria* no es locucion de una Romana impresionada en el Politheismo; por no haver reparado que Virgilio, de quien lo tomò Garcilaso, dice en boca de Dido (impresionada tambien en el Politheismo) *dum fata deusque sinebant*; y en boca de Eneas (impresionado tambien en el Politheismo:) *Dabit Deus his quoque finem*; y Ovidio (impresionado tambien en el Politheismo:) *Est Deus in nobis* y .... pero basta. De aqui se puede inferir la razon de esta censura, quando por otra parte su Autor en los numeros antecedentes aprueba los equívocos en cosa séria, disculpa el morir cantando, porque hay algun exemplar inverosimil, y no obstante esto, no sufre que se diga en plural los Lopes, Calderones, &c. llama à Marcial honor de la Poesìa lyrica, dice que Plauto gasta mas magestad que Terencio, y otras cosas bien notables, y no libres de inconsequencia, ù otra cosa en un Censor

general. No sè què respuesta daria à esto su agudo ingenio; pero sin duda que seria delicada como suya. No se opone lo expresado à que esta critica sea digna de aprecio por la intencion de su Autor, que se dirige à que los Poetas se corrijan.

Muchos piensan, que para criticar à un Poeta, no es menester serlo, alegando, que muchos tienen bastante inteligencia en la Pintura, sin ser Pintores, para notar sus defectos, sin que por esto estèn obligados à la execucion: à esto respondo, que un principiante, ò uno que no naciò para el tal Arte, puede cometer defectos tan notables, y hacer cosas tan desproporcionadas, que se las advierta, y corrija qualquiera, aunque no muy hábil; pero un gran Pintor harà cosas, que los poco inteligentes las juzguen defectos, y no seràn sino primores, como le sucediò à un sugeto semifacultativo, que quando imaginò hallar un defecto en una Pintura de el famoso Mens, descubrió uno de los mayores primores del Arte.

Quien

Quien entiende poco de Arquitectura, muchas veces se equivocarà imaginando defectos, como ha sucedido muchas veces, los rasgos mas delicados del Arte. De la misma manera para conocer los defectos de N.N... no es menester ser Poeta, porque se vienen à los ojos; pero queriendose internar mas en la materia, el que no fuere Poeta juzgarà defectos algunos primores, y pedirà cosas imposibles èn la práctica, y no conocerà algunos descuidos, como le ha sucedido al Autor de la Critica de la Lucrecia, que no ha reparado en el principal; y esta es la razon por la qual los mismos que han dado preceptos, no los han sabido poner en práctica, y el que quiera experimentarlo, pruebese à añadir un par de Scenas, y verà la dificultad, pues para componer una Tragedia (ultimo esfuerzo del ingenio humano) es menester atar tantos cabos, que no es maravilla que se suelte alguno; pero Horacio lo disculpa, y el mismo Dionysio Longino, ha-

blando de la preferencia de lo ſublime, ò lo correcto, decide à favor de lo ſublime, porque los grandes Ingenios no ſuelen tener paciencia para detenerſe á limar. Yo puedo decir de mi Autor (porque lo he viſto) que los dos ultimos Actos de la Lucrecia, los hizo en dos noches ſeguidas, en cada una el ſuyo, y los tres ultimos de la Hormeſinda, los ha hecho en quatro dias, interrumpido muchas veces de mi converſacion, y la de otros amigos. No dixera eſto, ſi no oyeſe celebrar por maravilla la celeridad deſarreglada de otros. En fin eſtemos, en que mirandolo con rigor, no hay pieza Dramatica perfecta; pero ſe llamarà tal la que tenga menos imperfecciones, baſtando por diſculpa el no ſer impoſible, ò à lo menos muy eſtraño que haya ſucedido aſi: de la miſma ſuerte que quando muchos tiran al blanco, aunque ninguno acierte, ſe tiene por mas certero el que dà mas cerca. Aunque no es natural hablar en verſo, ni en conſonantes, ſe hace por

con-

conveniencia del Auditorio, para que las clauſulas hieran mas blandamente en el oìdo. Tampoco es natural que un Chino, ù Perſa hable en Eſpañol; pero no ſe debe por eſo hacerle hablar en Eſpaña en lengua de ſu Paìs, porque reſultarìa mayor inconveniente, y ſe debe elegir ſiempre el menor. Yo preſcindo ahora de hacer una Diſertacion de el ſuceſo (cierto, ò falſo) de Hormeſinda, alegando Hiſtorias, y congeturas: baſta la tradicion recibida, y la miſma incertidumbre de circuſtancias diſculpa algunos anacroniſmos de poca monta, cometidos con advertencia. No he querido hablar de el origen, y progreſos de la Tragedia, ni de ſus preceptos, porque ſerìa repetir ſin provecho lo que ſe ha dicho tantas veces, y afectar, como muchos hacen, una ridicula literatura. Las reglas de el Arte ſon hoy tan comunes como las de los Generos, y Preteritos: en ponerlas en práctica eſtá la dificultad. El modo legitimo de criticar una obra es ponerla al lado

 otra

otra mejor. El Autor de la Hormesinda asi lo ha hecho, y esto se debe imitar. Decir que no hay reglas para el Theatro es un absurdo, y decir que hay tantas, y tan arbitrarias como se imaginan los Criticos implacables, estrechando mas, y mas á los Ingenios, sin escribir ellos nada, ès malicia, ò ridiculèz. Hoy no se necessitan tantos preceptistas, pero sì quien ponga en pràctica las reglas, que este es el unico medio de enriquecer nuestro Theatro. Por fin advierto, que aunque la docilidad del Autor es bien notoria, no se ha conformado en todo con algunos dictamenes, porque no los ha visto aprobados de todos, pues cada uno piensa á su modo, y haviendo siempre peligro de acertar, mas quiere que le atribuyan los errores á èl solo, que no que juzguen esta obra una Pieza hecha por muchos. Algunos Amigos de buen gusto han celebrado el merito del Autor con las siguientes Poesìas.

Ad

Ad Nicolaum Moratinum
De ejus Tragœdia Hormeſinda]
J. I. Reg. Biblioth.

Magnus ut Heſperiæ Regnum novat *Hormeſindæ*
Frater: ita & Scenam tu, *Moratine*, novas.

CASIMIRI GOMEZII ORTEGÆ, PHILOS.
& Medic. Doctor. Bonon. de eádem Tragœdia.

EPIGRAMMA.

Haud viſa eſt felix magis *Hormeſinda*, *Munuzæ*
Dum vitat ſtructos jam moritura rogos;
Quám dum, materies *Moratini* digna cothurno,
Scenæ auſa eſt priſcum reſtituiſſe decus.

ALIUD.

Euripidem jactet, jactet Gens Graja *Sophoclem*,
Grandiloquo *Annæo* gaudeat & Latium,
Cornelium Galli jactent: Hiſpania poſthac
Jactabit Vatem te, *Moratine*, ſuum.

IN BEN DOVUTA LODE

DEL SIGNOR

DON NICOLA MORATINI, Poeta Arcade, Autore dell' Ormesinda.

SONETTO.

S' apron le Scene, e di dolcezza pieno
Mentr' ode il vulgo forsennati amori,
Sensi di falso onor, sogni, ed errori,
Sugge coi molli versi il rio veleno.
Ma se avvien pòi, che sien ritratti appieno
Gli umani affetti co' natii colori,
Sia 'l vizio oppresso, virtù s' alzi, e onori,
Chi non s' infiamma d' onestate il seno?
E s' uom nol crede, ascolti il nuovo stile
Di quella, onde a ragion puoi gire altero,
Bella Ormesinda tua, Spirto gentile:
Che non vedrà senz' arder di virtute,
Ne' carmi tuoi, da onore, e valor vero
Nascer la gloria, e la commun salute.

Il Dottor Conti.

HOR-

HORMESINDA,

TRAGEDIA.

PERSONAS.

PELAYO.	*Vicente Merino.*
HORMESINDA.	*Señora Maria Ignacia Ibañez.*
TRASAMUNDO.	*Joſeph Eſpejo.*
GAUDIOSA.	*Señora Mariana Alcazar.*
ELVIRA.	*Señora Vicenta Cortinas.*
FERRANDEZ.	*Euſebio Ribera.*
MUNUZA.	*Simon de Fuentes.*
ZULEMA.	*Thomàs Carretero.*
TULGA.	*Vicente Galvàn.*

Guardias de Munuza.
Guardias de Pelayo.

La Scena ſe repreſenta en una Sala del Alcazar de Gijòn.

La Muſica de los entre Actos adaptada al aſunto, es del Maeſtro D. Antonio Rodriguez de Hita.

ACTO I.

SCENA I.

HORMESINDA. ELVIRA.

ELVIRA.

BElla Hormeſinda, templa el ſentimiento,
ſuſpende tu continuo, y triſte llanto;
da lugar al conſuelo, amada, y tanto
no llores, y ſuſpires, afligida.
Mucho tardar no puede ya tu hermano
en bolver à Gijòn: ſu brazo heroyco
dexarà la inſolencia caſtigada
del tyrano Munuza: tù vengada
por ſu acero ſeràs: no deſconfies,
y buelve à ſerenar el roſtro bello,
que contemplan los miſeros Chriſtianos
como unica ſeñal de ſu fortuna.
La miſeria en que gimen importuna
conſuelan con mirarte como hermana
de Pelayo, ſu aſylo, y ſu eſperanza;
y aſi, porque ſu aliento no deſmaye,
ſuſpende el llanto, esfuerza la alegria.

HOR-

HORMESINDA.

Cómo podrè alegrarme, Elvira mia,
ni cómo facil es que ſe conſuele
la infelìz Hormeſinda, que infamada
ſe mira por un barbaro villano?

ELVIRA.

No es qual juzgas tan aſpero tyrano,
ſu mucho amor cegò ſu entendimiento,
y atropellò con fino atrevimiento
por lo que otro Galàn no atropellára
que no fueſſe tan ciego, y tan amante;
pero te diò ſatisfaccion baſtante
en el modo que pudo, pues uſano
ſolo aſpirò à la dicha de tu mano.

HORMESINDA.

Y cómo era poſsible que penſára
un Moro vil, infame, y atrevido,
entre toſtados Arabes nacido,
llegar à conſeguir fuera ſu Eſpoſa
la hermana de Pelayo? El Gran Pelayo,
que en las funeſtas margenes del Lete
al Africano Exercito fue rayo.
Un Moro, que en eſcuela abominable
los Dogmas aprendiò torpes, y rudos,
con que enſeña falàz ſu errada Secta
la falſa Religion del vil Profeta,
pudiera preſumir que una Chriſtiana
le admitiera por digno de ſus brazos

ſacrilega con no licitos lazos?
Ay Elvira! mi barbara fortuna
diò tanta libertad à ſu deſeo,
ſin poder los Chriſtianos reſiſtirlo.
El verme en el ultrage que me veo
le preſtò alientos. Quién me lo dixera
à mì, quando el obſequio deſdeñaba
de tanto Conde Godo? Quando fiera
deſpedì Eſpoſos nobles en la Galia,
y me neguè à los Principes de Italia.
Ah memoria! Ah memoria! què tormento
tan barbaro me das! No ſoy yo aquella
por quien mas de una vez la Real Toledo
de Principes auguſtos ſe poblaba?
No ſoy la que los ánimos prendaba
à un tiempo de los Godos, y Eſpañoles?
Pues cómo (ay de mì!) pudo un falſo Moro
prender mi libertad con torpe nudo?
Cómo aſpirar à ſer mi Eſpoſo pudo
quien no merece ſer Eſclavo mio?
Yo, de la ſangre Aſtura deſcendiente,
con la Real caſa Goda emparentada:
Yo Eſpañola, y Chriſtiana: Yo hija amada
de Luz, y de Favila: Yo heredera
de mil Cantabros Pueblos, y Aſturianos,
que la vida expondràn por ſu Señora,
y en cautiverio vil me miro ahora!

ELVIRA.

Consolarte, Señora, ya procura.

HORMESINDA.

Que asi se ha malogrado mi hermosura!
O Cielo Santo! O temeroso dia!
què lobrego amanece! què funesto
à una Alma triste agena de alegria!
Ay! cómo yo me acuerdo del pasado
tiempo felìz, en que hasta el Rey Rodrigo
se viò por mi desdèn martyrizado!
Quántas veces de embidia fue tocada
con desesperacion la hermosa, y linda,
aunque infelìz, bellisima Florinda!
Quántas veces de mì fue reputada
por infelìz! Mas ay! O quántas veces
vengo à ser yo mas que ella desdichada!
Es esta la fortuna que embidiaron
quando mis fieros emulos juzgaron
que el Thálamo Real yo le ocupase,
despreciadas las prendas de Egilona,
y estimè en poco entonces la Corona!

ELVIRA.

Consuelete, Señora, la desdicha
comun que lamentamos: no eres sola:
yà ves la Nacion inclyta Española
en su Patria cautiva, y sojuzgada
por la canalla vil que Africa embia:

Quièn

Quièn ignora el conflicto, y agonìa
de aquella horrenda, y pertinàz batalla
que de nueſtra priſion la cauſa ha ſido?
Hay por ventura alguno, à cuyo oìdo
nueſtra infelicidad no haya llegado?
No ſe eſcucha en deſierto, ni en poblado
ſino quejas, y miſeros lamentos
de Madres infelices, y de Eſpoſas,
que vagando afligidas, y lloroſas
en vano con ſu voz hieren los vientos.
Los hijos de los Padres ſeparados,
en hondas, y obſcuriſimas mazmorras
lloran ſu deſventura encadenados:
Los Templos, los Altares profanados
ſirven ya de peſebres, y Mezquitas.
No huvo infamias horrendas, ni malditas
que no exercieſe el barbaro Enemigo;
mas ſu culpa aſegura ſu caſtigo,
pues Dios no ſufrirà por mucho tiempo
tanta proſperidad en un Tyrano.
Acaſo no eſtà lexos ya tu hermano
en cuyo amparo el Cielo ſe deſvela,
y èl pondrà fin à tu dolor acervo.

HORMESINDA.

Eſa eſperanza ſola me conſuela.
Mas què dirà (ay Elvira!) quando llegue
à comprender Pelayo mi deshonra?

Què

Què dirà quando entienda que engañado
con fingidas promesas, fue embiado
à Cordova à tratar aleves paces?
Ah Munuza! Ah Munuza! què bien haces
en alejarle asi! Mas què sangriento
Catástrophe te espera! Quán sediento
de sangre arrancarà la espada fuerte:
el estrago menor serà tu muerte.
Pero con què verguenza irè delante
de Pelayo á contarle mis afrentas?
En vano, en vano, ò corazon, intentas
esforzarme á decirlo; mas si callo
muerte, y infamia en mis silencios hallo.
Toda soy confusion, horror soy toda.

ELVIRA.

Munuza y Tulga, de la sangre Goda
bastardo descendiente, y renegado
de la Christiana Ley, que ha abandonado,
ácia aqui salen.

SCENA II.

MUNUZA, TULGA, y dichas.

MUNUZA.

Adorada Infanta,
te vas porque yo vengo? Què te espanta?

No

No me presentó del azero armado
feròz Guerrero con semblante ayrado;
sumiso busco tu Real clemencia
para lograr el fin apetecido
porque tanto anhelaron mis deseos
de nuestros empezados Hymeneos.

HORMESINDA.

Munuza, si con fuerza, y rito impìo
puedes llamarte al fin Esposo mio,
què mas quieres de mì? Ya se ha acabado
quanto en mí cabe: y ojalà no fuera
jamàs nuestro Hymeneo comenzado.
Permiteme llorar: si mi hermosura
es contigo qual dices poderosa,
dexame lamentar mi desventura.
Imaginas què poco has conseguido?

MUNUZA.

Juzgo, que nada, ò que muy poco ha sido
mientras no logre ver tu rostro bello
bañado en alegria. Què? Es posible
què aun no obligò à tu amor la aficion mia?
Que no te he de mirar sin confusiones,
sin lagrimas, suspiros, ni lamentos?
Que no han de tener fin tus sentimientos,
que acrisolan mi amor, y fe? Que nunca
con parpados enjutos he de verte?

HORMESINDA.

Veràs primero mi violenta muerte,
que un agrado: mi Ley no lo permite:
antes al centro infiel me precipite
mi desgracia, que yo dè seña alguna
de no acusar tu arrojo temerario.

MUNUZA.

Yo, Hermosinda, juzguè muy al contrario
de mi amor verdadero, y tu nobleza.
Juzguè que mas prudente tu belleza
no olvidarìa el blasòn de agradecida:
sè que de mi piedad es dòn tu vida,
y no lo reconoces.

HORMESINDA.

Ah inhumanos!
que en no matando, imaginais dar vida!
esta es la condicion de los tyranos,
y esta es, Moro, la tuya.

MUNUZA.

Yo amoroso
no he podido hacer mas que ser tu Esposo,
y tù me has despreciado: el gran Mahoma
me es Testigo fièl, que abandonada
mi lealtad, y fé, de estas Regiones
te quise hacer jurar Reyna, y Señora,
poniendo afectuosisimo en tu mano
el Cetro del Calipha Soberano,

quan-

quando abatí à pesar de tu fortuna
à tus pies mi sobervia, y media Luna.
Estas son las injurias recibidas
por mí, y en recompensa tù me premias
con no correspondientes galardones.

HORMESINDA.

No malogres, Alcayde, tus razones
con quien no entender puede su eficacia,
pues no soy yo absoluta: tengo hermano,
y acaso de Gijòn ya està cercano.
El sabrà tus razones, y las mias,
y pues en tu bondad tanto confias,
de tus obras espera ciertamente,
que el premio te darà correspondiente.
Vamos, Elvira.

ELVIRA.

Sigote, Señora.

SCENA III.

MUNUZA. TULGA.

TULGA.

Querràs, Señor, desengañarte ahora?
Estas ya satisfecho? No conoces
la indomita sobervia de esta gente?
Despechada, què dudas que ella intente
sino tu perdicion? No gran Munuza;

tengas seguridad de tu enemigo,
tu vida la asegura su castigo.

MUNUZA.

Yo le prometo, y tal, que asombro sea
de mugeres ingratas à la dicha,
que en ellas Alà Santo en vano emplea.

TULGA.

Y aun si evitar pretendes tu ruina,
fuerza es que muera, y tu rigor se abona,
pues muger ofendida no perdona.
No advertiste quàn fiera, y confiada
pone las esperanzas en su hermano?
No te hè dicho mil veces que es en vano
con la santa piedad rogar à gentes
que ponen en las armas su fortuna?
Menguarà la triumphante media Luna
si olvidas el rigor, y sino arrancas
de raìz la semilla aqui escondida
en la fragosidad de estas montañas.

MUNUZA.

Nuevo asombro he de ser de las Españas.

TULGA.

La reconciliacion jamàs esperes
con ellos, pues su ley se lo prohibe.
Rencor eterno en sus entrañas vive,
y yo siempre juzguè por sospechosa
la condicion altiva de Pelayo.

MUNUZA.

Deſde que en campos de Xerèz fue rayo
deſtrozando las hueſtes Africanas,
no sè con qual horror, con qual aſombro
contemplo ſu ſemblante: me parece
que algun terrible fin me vaticina;
mas yo pondrè por obra ſu ruína
ſegun hemos tratado: ya, qual dixe,
por la poſtrera vez la he ſuplicado,
y al ver tanto deſdèn, el amor mio
en aborrecimiento ſe ha trocado.

TULGA.

A eſtas gentes irrita la clemencia
en lugar de obligarlas: no preſumen
que cumplen con ſu ley, ſino aborrecen
con mortal ódio à quantos Agarenos
ſiguen el Alcoràn de tu Profeta.
Jamàs entre ellos ſin deſprecio, y rabias,
eſcandalo, y horror tu nombre ſuena.
No preſumas que ignore ya Pelayo
quanto ha paſado: acaſo la venganza
viene ſobervio ya premeditando.

MUNUZA.

Y qué aprovecharà ſu atrevimiento
contra el poder de la Africa, que rijo
como Gobernador de eſtas Regiones?
Vive Alà ſacroſanto, que al momento

que llegue, ha de ſufrir violenta muerte
à los agudos filos de mi alfange.
Ni imagine tampoco que no alcance
à ſu hermana ingratiſima mi furia.
No blaſonarà indemne de la injuria
que hizo en mì à toda la nacion Alarbe
Tulga: por mas horrible, por mas grave
que el lance llegue à ſer, tendràs aliento
de apoyar mis vaſtiſimas ideas?

TULGA.

Eſpero, gran Munuza, que aun no creas
lo que obrar me veràs: tan grandes coſas
de mi altivéz, y eſpiritu prometo!
pues ya previne las fingidas letras,
de lo qual ſoy Artifice excelente.

Moſtrando unos papeles.

MUNUZA.

Pues yo à diſponer voy, que con ſecreto
mis ordenes ſe cumplan.

TULGA.

Me es muy facil
ſaber el corazon de los Chriſtianos,
pues aunque abandoné ſus ritos vanos,
les hà mi fiel aſtucia perſuadido
que ſolo ſoy Apoſtata fingido,
por penetrar la mente del Calipha,
y à ſu intento ſervir con el ſecreto.

MU-

MUNUZA.

Premiarè con los brazos de Xaripha
tu lealtad : Yo, yo te lo prometo.

SCENA IV.

TULGA. TRASAMUNDO.

TRASAMUNDO.

Si como dices, Tulga, ſon tan ſanas
tus internas ocultas intenciones,
recibe el parabien : Ya à eſtas Regiones
el Cielo nos conduxo al gran Pelayo.
Como quien buelve de un mortal deſmayo:
los miſeros Chriſtianos foragidos
recobran los eſpiritus perdidos
ſolo en ver à ſu Principe.

TULGA.

Y es cierto
que Pelayo de Cordova ya ha buelto?

TRASAMUNDO.

Pues què no lo acredita mi alegria?
No te lo dice el corazon, que viene
quien nos ha de librar de tyranìa?
No te alegras que al fin haya venido?

TULGA.

Noticia para mì guſtoſa ha ſido;

mas dilatar no puede mi fineza
el ir á saludarle. Trasamundo,
permiteme ir à ver à nuestro Infante.

SCENA V.

TRASAMUNDO. GAUDIOSA.

GAUDIOSA.
Cosa notable hà sido, que al instante
Pelayo echò de menos à su hermana.

TRASAMUNDO.
No lo estraño, Gaudiosa, pues la sangre
avisa al corazon: Què cortesana,
y dulcemente hablò! Pero aqui viene.
Mira, hija mia, al joven valeroso,
restaurador insigne de su Patria,
que el Cielo destinò para tu Esposo:
haz reverencia al Principe de España.

SCENA VI.

PELAYO. FERRANDEZ, y dichos.

PELAYO.
Mi admiracion, Ferrandez, no es estraña.

FERRANDEZ.
Aùn no sabrà Hormesinda que has venido.

TRA-

TRASAMUNDO.

Nueſtro muerto placer ha revivido
con tu preſencia: ya las eſperanzas
de libertad renacen: què tardanzas
tan largas nos privaron de tu viſta?

GAUDIOSA.

Deſde antes de la barbara conquiſta
no lograron mis ojos el conſuelo
de mirar tu ſemblante.

PELAYO.

Sabe el Cielo
quàn importunamente le he rogado;
pero ay de mì, Princeſa! quán diſtintos
eſtàn los tiempos! Quánto yo he paſado
haſta llegar à conſeguir el verte!

GAUDIOSA.

De nueſtra adverſa deſgraciada ſuerte
cuentame los ſuceſos laſtimoſos,
pues no te puedo oìr otras razones,
y te hallaſte preſente: dì, Pelayo,
de aquella pertinàz batalla horrenda
el conflicto, la anguſtia, y el deſmayo.
Refiereme quàn barbaras Naciones
acaudillaba el arrogante Muza.
Quièn fue aquel que empezò la eſcaramuza,
y el primero rompiò nueſtras legiones?
Con què armas Alcamàn reſplandecia?

Cò-

Cómo eran los caballos que trahìa
de Arabia, y Persia el Humaní sangriento?
Quién fue Olit? Quán robusto, y corpulento
era el Caudillo? Cómo governaba
las inmensas Phalanges que mandaba?
Relatame, por fin, quantos estragos,
quantos horrores, quantos homicidios
haya hecho sin piedad con mano impìa
por castigo del Cielo acà embiado
Tarif, sobervio, y barbaro Soldado.

PELAYO.

Por què me mandas que renueve el triste,
lamentable dolor de aquella Historia,
que sirve de martyrio à la memoria;
pues tù lo sabes, y lo sabe el Mundo?
Ni quién podrà sin lagrimas amargas
referirte, Princesa, la agonía,
y el lamentable estrago de aquel dia?
La piedad, y el horror confusamente
retiran de mi lengua las palabras:
Ni es posible tampoco que yo cuente
tanta calamidad, asombro tanto.
Vieras alli mezclarse con espanto
los unos, y los otros, confundiendo
armas, y insignias con atròz desorden,
y en infernales coleras ardiendo.
Alli en sangriento estrago se miraban

mil

mil laſtimas, mil generos de muertes:
Alli los mas robuſtos, y mas fuertes
en tierra con furor ſe revolcaban.
Siete veces el Sol, ſiete la Luna,
ſin ceſar admiraron el combate
de que pendiò el aumento, ò el remate
de la Africana, y Gotica fortuna:
Haſta que (ay Cielos!) al octavo dia:
O dia triſte! O lugubre funeſto
indigno de la luz del Sol divina!
Quién baſtarà con lagrimas, y voces
à ponderar el horroroſo eſtrago
de aquel dia infelìz, y deſaſtrado,
que ojalà nunca entre los otros cuenten,
y perezca en olvido ſepultado,
pues en èl ſolo ſe amancillò toda
la altivèz, preſuncion, y pompa Goda!
Al dia octavo: O Cielo! O ſuerte impìa!
Me horrorizo diciendolo: O amada
Patria infelìz! O Eſpaña deſgraciada!
O gloria Goda! O generacion fuerte
de temidos varones! O Rodrigo!
O amor impuro, origen del caſtigo!
O antigua Religion! O culto ſanto!
No puedo referirlo ſin que el llanto
confunda mis acentos: El infame
traydor Julian Apoſtata, y los hijos

del

del laſcivo Witiza, y el Prelado,
que entregò al voràz lobo el fiel ganado,
paſaronſe al contrario. Deſde entonces
fue la ruìna total de los Chriſtianos:
en montes transformandoſe los llanos,
de acinados cadaveres ſon pira.
Muriò alli Atanagildo por la ira
del furioſo Alboàl: muriò Ildefonſo
al rigor de Muley: mi primo Andeca
el anima exalò por el impulſo
de la dieſtra fatàl del vil Audalla.
O Almas nobles! que en eſta cruel batalla,
no al valor, ſino al numero cediſteis,
mi deſeſperacion, y arrojo viſteis:
No vivo de cobarde: ſed teſtigos
de que no evitè el rieſgo mas urgente.
No sè ſi fue cruel, ò fue clemente
conmigo el Cielo: entonces no le plugo
llevar mi vida: quiſo que yo ſolo
quedaſe por teſtigo del ſangriento
deſtrozo lamentable de mi Patria.
Me abalanzè mil veces con intento
de morir, ni temblaba aunque mil veces
contra mi pecho viese ya enrriſtrada
la lanza del Tarif enſangrentada.
Mas tù preguntaràs, quàl haya ſido
el ſuceſo del Rey: en tanto tiempo

co-

como durò el combate, ni podido
verle yo havia: al fin ſe me preſenta
caſi al morir la luz del poſtrer dia.
Pero àh Cielos! qué horrible, y demudado!
Ay de mì qual eſtaba! y quán trocado
de aquel Rodrigo, à quien Toledo Auguſta
viò en las fieſtas de galas adornado!
La faz terrible, pálida, y aduſta,
todo ſangriento, y del ſudor, y el polvo,
y heridas con horror desfigurado.
La barba hierta: ſucio, y erizado
tenia el cabello, que empapado en ſangre,
agena, y propia en hilos deſtilaba.
Lloroſo, triſte, acongojado eſtaba
con el manto Real todo raſgado,
y la Corona ya no la tenia.
Del Carro de marfil ſaltado havia,
porque grandes montones de difuntos
el curſo de las ruedas impedian,
y con largos gemidos, y profundos
triſtiſimos ſuſpiros, ſollozando
dice: O Pelayo! todo lo perdimos:
fuimos un tiempo Godos, y vencimos:
fue Toledo, fue Eſpaña, fue Rodrigo;
mas Dios de mi laſcivia por caſtigo
contra mí levantò quantas Naciones
la media Luna, en Africa, y en Aſia

tre-

tremolan en ſus barbaros Pendones.
A Damaſco de Syria, y à la Arabia
el Gotico poder ha trasladado.
Huye, hijo de Favila, que encargado
te dexò el Reyno: tú eres la eſperanza
de nueſtra Religion, que yo he perdido;
mas voy por mi caſtigo merecido,
pues injuſto violè las Sacras leyes,
y en mi infortanio eſcarmentad, ò Reyes!
Dixo, y viendo à Tarif quan orgulloſo,
con homicidios mil, iba inſolente
gritando furibundo, à grandes voces,
dando aliento á ſus barbaros Soldados,
para mas no volver ante mis ojos,
à matarle, ò morir determinado:
por el tropèl de las confuſas armas
batiò el hijàr à Orelia ſu caballo,
y ſe arroja al contrario, poderoſo,
audáz, deſeſperado, y eſpantoſo.
Yà à todas partes que me vuelvo, veo
mezclarſe con mil llantos la ruina
del vando fiel, y el barbaro troféo.
Por el campo tendidos ſe veian
cuerpos de Capitanes, de Magnates
deſpedazados, y ſangrientos buſtos,
cadaveres de jovenes robuſtos.
Guadalete en ſus ondas revolvia
tur-

turbio ya con la ſangre, los Penachos,
los Caballos, y Eſcudos de Varones.
Ya el furor de las Arabes legiones,
roto el Campo, el Monarca fugitivo,
cebada el anſia en ſu riqueza inmenſa,
tenia por el ſuelo deſtrozadas
las Tiendas de Rodrigo ſaqueadas.
Pero por què en contarte me detengo
el ſuceſo fatal? La gente Goda,
que la Roca Tarpeya humillò un tiempo:
La que invencible ſojuzgó, poniendo
coyunda à la cervìz del Capitolio,
cayò abatida: fue el honor perdido:
la Patria à eſclavitud ſe ha reducido,
con mortandad horrible de ſus fuertes
hijos amados: la Religion Santa,
que nueſtros Padres con fervor, y tanta
veneracion ſiguieron tantos años,
todo violado fue por los eſtraños.
Y aſi lloran ſus hijos profanados
los Templos Sacroſantos: los Altares,
y los Vaſos Divinos ultrajados:
violadas las purezas virginales,
y la Nacion cautiva, y aherrojada
en poder mas ſacrilego, y tyrano
(ſin que Dios ofendido ſe lo eſtorve)
de la Nacion mas barbara del Orbe.

To-

Todo, al fin, ſe perdiò ::: Pero què es eſto?
Princeſa te enterneces? Y voſotros
ſentìs tambien el pecho laſtimado?

TRASAMUNDO.

De què generacion ſerà engendrado,
de quál Oſa fieriſima nacido,
qualquiera que no ſe haya enternecido
haviendo nueſtra laſtima eſcuchado?

FERRANDEZ.

Yo eſtoy abſorto, y todo conturbado.

GAUDIOSA.

No puedo mas con mi dolor: O Patria!
O antigua libertad! O Rito ſanto!
dexadme retirar porque yo ſola
la rienda ſuelte amargamente al llanto.

SCENA VII.

PELAYO. TRASAMUNDO. FERRANDEZ.

TRASAMUNDO.

Si aqui finalizára el deſconſuelo,
fuera el daño mayor: Pero ah Pelayo!
que aùn hay mas grande mal.

PELAYO.

Señor, què dices?

FERRANDEZ.

Mayor mal, Traſamundo, es impoſible.

PE-

PELAYO.

Que aùn tiene fuerzas el rigor del hado!

TRASAMUNDO.

Eſe gran corazon acoſtumbrado
prevenle para el golpe mas horrible,
que acaſo nunca havràs imaginado.

PELAYO.

Si el haverſe mi hermana retirado
de mi preſencia à tiempo que yo vengo
es indicio fatal: ya me prevengo
à morir de dolor: mi vida acabe
al barbaro rigor de mal tan grave:
Dì, Traſamundo, que te oyrè conſtante.

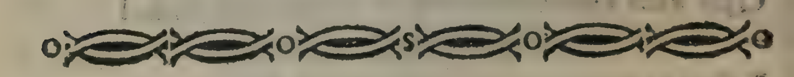
TRASAMUNDO.

Hay coſas que es preciſo dilatarlas,
y aſi perdona mi ſilencio, Infante,
que el reſpeto, y la afrenta me acobardan.
La cauſa de eſte mal, Munuza, ſabe:
de èl te importa ſaberlo: mejor puede
que ninguno informarte.

PELAYO.

Santos Cielos!
què mas quereis de mì? No me baſtaba
ver lo viſto llorar lo que he llorado;
ſino que quando al Puerto ya he llegado
juzgando hallar bonanza fugitivo
de la Mar borraſcoſa, y turbulenta,

encuentro aqui mas braba la tormenta!



ACTO II.

SCENA I.

PELAYO. FERRANDEZ.

FERRANDEZ.

No te entregues, Pelayo, al ſentimiento
con tal obſtinacion: nueſtro contento
eſtriva ſolo en tì: tu roſtro miran
los miſeros Chriſtianos, que ſuſpiran
en vil eſclavitud, y ſi afligido
te imaginan, ſu zelo, ſu eſperanza,
y todo ſu valor eſtá perdido.

PELAYO.

Si con la muerte el mal que me amenaza
pudiera remediar, dichoſa ſuerte
fuera la mia en conſeguir la muerte.

FERRANDEZ.

Munuza de ſu gente acompañado
viene ácia eſte lugar: el retirarte
diſcurro que ſerá mas acertado.
No ſin la pompa, y tren correſpondiente

de dádivas, esclavos, y presentes
llegues à su presencia: mucho abona
la ostentacion, y fausto à la persona.

SCENA II.

FERRANDEZ.
MUNUZA. TULGA. ZULEMA.

FERRANDEZ.
Pelayo, mi Señor, de su Embajada
acaba de llegar, y la licencia
aguarda de ponerse en tu presencia.

MUNUZA.
No solo à mi permiso, à mi deseo
Pelayo es acrehedor: dì, que impaciente
el rato vivirè que no le veo.

FERRANDEZ.
Vendrà à gozar tal dicha prestamente.

SCENA III.

MUNUZA. TULGA. ZULEMA.

MUNUZA.
Ah! còmo sus freneticos intentos
le atajarè yo pronto! Ah! quán ufano
le abatirè los altos pensamientos!

ZULEMA.

Todo quanto emprendieres, gran Munuza,
ſerà à tu valor facil: mi perſona
tus ordenes aguarda ſolamente
para que al vil Chriſtiano, al inſolente
necio deſpreciador de ſu fortuna
dè á entender, que à la Cruz de ſu Profta
del nueſtro humillarà la media Luna.

MUNUZA.

Su exterminio fatal he decretado.

ZULEMA.

La beldad que Pelayo ha deſtinado
para ſu Eſpoſa, ocuparà mi lecho,
de todos los Chriſtianos á deſpecho,
ſi me ayuda el poder del gran Mahoma.
Mi corazon terrible ſolo doma
ſu viſta ſoberana, deſde el punto
que acaudillando la valiente Tropa,
que el ſagrado Alcoràn à fuerza de armas
introduxo en los terminos de Europa,
ſu Palacio abrasè, que en las Montañas
pueſtas al Septentrion de las Eſpañas
era defenſa à foragida gente;
pero ah Cielos! y quan mas vorazmente
mi pecho ſe abrasò con ſu hermoſura!

MUNUZA.

Zulema, el lograr de ella te aſegura

el ſuceſo feliz, que pronto eſpero.

TULGA.

Si el parecer admites, que te ha dado
tu mas fiel, y ſumiſo conſejero,
preſto, Munuza, te veràs vengado.

MUNUZA.

Su exterminio fatàl he decretado:
el diſsimulo importa ſolamente.

SCENA IV.

PELAYO, *con varios preſentes.* MUNUZA. ZULEMA. FERRANDEZ. TULGA, *y acompañamiento de Moros, y Chriſtianos.*

PELAYO.

Gracias, Señor, al ſumo Omnipotente,
que ſalvò à tu preſencia me conduxo.

MUNUZA.

Pelayo: Alà te ſalve: no reuſes
admitir fino los eſtrechos lazos
con que te brindan mis amantes brazos.

PELAYO.

En ellos ſe confirme la firmeza
de nueſtra amiſtad fiel, de la alianza,
y confederacion eſtablecida
entre noſotros. Alahor, que el mando

eſtà en nombre de Ulit exercitando,
por ſubſtituto ſuyo en las Eſpañas
ſalud, y paz de Cordova te embia.

MUNUZA.

A Alahor, y à Pelayo la fé mia
ſiempre agradecerà lo que es debido.

PELAYO.

Pequeña mueſtra de ſu amor ha ſido
la fineza que ves: con ſer tan grande
es menor que ſu afecto.

MUNUZA.

La fineza
mayor que pudo hacerme, fue embiarme
un Amigo tan fiel, que tanto eſtimo.
Pero ah Cielo! Por què no permitiſte
que reciba à Pelayo menos triſte!

PELAYO.

Què te altera, Munuza? Què? Imaginas
que acaſo han blandamente afeminado
las delicias de Cordova mi pecho?
De nueſtra amiſtad firme el nudo eſtrecho
aflojas, ſino rompes, acuſando
mi falta de valor con tu triſteza.
La pena mas horrible, la fiereza
de todos los abyſmos conjurados
en vano aſaltarán mi pecho heroyco
à poder de trabajos inflexible.

MU-

MUNUZA.

Sé tu valor, tu eſpiritu invencible,
y tu ſangre real: eſo me anìma
á no eſcuſarte el golpe mas horrible
que imaginado havràs: no lo fiàra
de menor corazon, aunque importára
mas, ſi poſible fuera, ni á otro alguno,
aunque igual amiſtad con èl tuviera.

PELAYO.

No me tengas ſuſpenſo, ni impaciente.

MUNUZA.

Tulga, Zulema, retirad la gente,
y todos deſpejad.

PELAYO.

Ferrandez, pronto
mandalos apartar.

SCENA V.

MUNUZA. PELAYO.

MUNUZA.

Eſtamos ſolos?

PELAYO.

Segun parece nadie nos eſcucha.

MUNUZA.

Verás ſi de tu mal la cauſa es mucha;
pero es tal, ò Pelayo! que recelo

que mi verdad peligre en tus oìdos,
pues no parecen tal, ſino fingidos
por maligna traycion de Amigo falſo
los ſuceſos que oyràs , ſi valor tienes
de eſcuchar una infamia tan horrenda.

PELAYO.

Una infamia ! Què es eſto ! Tan tremenda
es mi ſuerte, que aun juzgas que me falte
conſtancia para oìrla ! Que es poſible
que no me faltò el animo , áunque vieſe
el ultimo conflicto de mi Patria!
Que hè viſto con aliento no turbado
mi ſangre derramar ! Que vi mi eſtado
con fuego arder : mis gentes degolladas:
Cautivos los Chriſtianos infelices:
Las Baſilicas ſantas profanadas,
y nunca me faltò valor heroyco;
y aun de mì dudas ! Cómo tanto tarda
ſiendo tan grande el daño que me aguarda?

MUNUZA.

Pues , gran Pelayo , no de alevosìa
quiero que acuſes tù la amiſtad mia,
que lo fuera muy grande mi ſilencio:
Tu perſona, y eſtirpe reverencio,
y no es bien que un borron en tì conſienta.
Hormeſinda , tu hermana , poco atenta
al decoro , y blasòn de ſu proſapia,

que

que à coſta de peligros tù mantienes,
fragil como muger, de los deſdenes
no ſe armò, qual debiera: eſto fue cauſa
de que (tu honor manchando) cometieſe
el mas torpe, y mas vil de los deslices.

PELAYO.

Tente, Munuza barbaro! Què dices?

MUNUZA.

Conoceràs las firmas de tu hermana?
pues por ellas ſabràs....

PELAYO.

Será poſsible!....
Mi hermana infiel! Què horror! Què dices,
(Moro?

MUNUZA.

Me eſtremezco al decirtelo: Confieſo
que es noticia cruèl; pero por eſo
te la dice un Amigo.

PELAYO.

Cielo Santo!
mucho mal eſperaba; mas no tanto.
Para eſto de las armas eſpantoſas
tu piedad me librò? Para eſte golpe
conſervaſte mi vida? O! quànto fuera
mejor morir en la batalla fiera,
que no ver mi deshonra! O Dios eterno,
porque no fue à Pelayo permitido
quedar en Campos de Xerèz tendido,

don-

donde tantos Varones eminentes
murieron por la Patria: donde yace
en flor el hermoſiſimo Leandro,
Theodoro, y Ranimiro, y los valientes
Iñigo, y Sancho! O! Jarafin ſobervio
el mas cruel del Exercito Africano,
por què no exalè eſta ànima mezquina
al rigor de tu invicta, y dieſtra mano?
O por què no deſpedazò mi cuerpo
quando con filo agudo, y radiante
tantos Chriſtianos miſeros deſgarra
de Tarif la eſpantoſa cimitarra?
O la tuya, Alboàl, Capitan bravo
de los fuertes Maliques Alabeces?
O! bien aventurados muchas veces
los que alli fenecieron traſtornados
de las ſangrientas turbulentas ondas
del Guadalete, que llevò con ſaña
tanto cuerpo difunto al mar de Eſpaña!

MUNUZA.

Pelayo, à tus promeſas correſponden
eſos eſtremos mal: no blaſonabas
de corazon de porfido invencible?

PELAYO.

Quién pensàra que pena tan horrible
me huvieſe de aſaltar? La muerte fiera,
de barbaros tormentos motivada,

es lo que yo no temo: horror mas grande,
si acaso puede haverle, despreciaba;
pero tanto dolor no imaginaba,
ni à mi nobleza obliga el sufrimiento.
Mas cómo sin vengarme ni un momento
puedo vivir? Pero, Munuza, dime:
Es posible, que es cierto, que no hay duda,
que no te has engañado, que evidente
es quanto de Hormesinda me has contado?

MUNUZA.

Es el suceso tal, que yo no en vano
de mi verdad juzguè que dudarias:
Pero dime, Pelayo, te confias
de la fiel amistad que te profeso?

PELAYO.

Sè tu amistad, y mi desgracia, y eso
me confirma en mi mal: Què pena fuera
la que á mi corazon no acometiera?
Quál dolor me faltò para acabarme?

MUNUZA.

Aunque para contigo acreditarme
no necesito apoyo, es buen testigo
de mi verdad, Zulema.

PELAYO.

Qué? Zulema
tambien lo sabe ya? Que tan estrema
es mi infelicidad, que aun el consuelo
de ser oculta me ha negado el Cielo!

Y qué infame he de ser publicamente!

MUNUZA.

Conozco tu razon: no me consiente
mi amistad verte con serenos ojos.
Veràs las firmas, de mi fé testigos,
y Alà Santo dirija tu venganza.

SCENA VI.

PELAYO. FERRANDEZ.

FERRANDEZ.

Y á tu infiel pecho el hierro de mi lanza.
aparte.

PELAYO.

Què es lo que me sucede! Acaso el Cielo
conjurò contra mì todos los males
para rendir mi pecho solamente!
Tan grande es mi sobervia! Tan valiente
contra el Cielo mi espiritu he mostrado,
que tanto en abatirle se ha empeñado!
Què no basta un dolor para rendirme!
Què tantos han de ser, y los mayores!
Mas cómo inutilmente mis furores
Al ayre desperdicio? Cómo tengo valor
para mirarme? Cómo un punto
vivo afrentado? Quien me ofende muera.
quiere irse.

FER-

FERRANDEZ.

Señor, adónde vas?

PELAYO.

El que no quiera
conmigo de leal perder el nombre,
no me detenga.

FERRANDEZ.

Dexa que me aſombre
de tal reſolucion, y en premio ſolo
de mis ſervicios, la atencion merezca
de eſcucharme un inſtante.

PELAYO.

Cómo ignoras
la cauſa de mi mal, y es impoſible
quepa en mi boca, aunque en mi pecho cabe,
me intentas detener, ſi lo ſupieras
de cobarde à mi brazo reprendieras.

FERRANDEZ.

Ningun dólo, ninguna alevosìa
por Munuza, y los ſuyos fabricada,
de mi noticia huyò.

PELAYO.

Cómo en Munuza
caber puede traycion, ni en mì conſuelo?

FERRANDEZ.

Señor, ſi eſcuchas, apiadado el Cielo

qui-

quizà abrirà camino.

PELAYO.

Què camino
ſin matar, ò morir ha de encontrarſe?

FERRANDEZ.

Mas quál obligacion mandò fiarſe
de un infiel tan del todo?

PELAYO.

No equivoques
las coſas malicioſo: no los ritos,
no la contraria Religion al hombre
con el otro hombre à ſer infiel obliga,
ni impide que la ley cada qual ſiga,
que hallò en ſu educacion, ò ſu deſtino,
(arcano que venero, y no examino)
para que el pecho, à quien razon gobierna,
ſenſible à la amiſtad, al fin humano,
correſponda, à peſar del dogma vano.

FERRANDEZ.

Si el penſamiento noble, y generoſo,
que adorna la grande alma de Pelayo,
ſe difundiera en todos igualmente,
penſáras ſin error.

PELAYO.

No has eſcuchado,
que el miſmo Traſamundo, que encargado
de Hormeſinda quedò, temblò al decirme
ſu

ſu culpa ? Aun quando fueſe aleve el Moro,
tambien ſerà el Chriſtiano delinquente ?

FERRANDEZ.

Cielos ! què confuſion !

PELAYO.

No me conſiente
mi impaciencia eſperar : : : Pero què miro ?
Què aſombro ! Què furor! Cómo mi hermana
ſe atreve ſin honor... ? Por què liviana
à buſcar mi preſencia ?

FERRANDEZ.

Gran Pelayo,
eſperanza, y blasòn de nueſtra gente:
ſi eres heroyco, ſi qual firme rayo
de Luz, de Cindaſuintho, y Recaredo,
la iluſtre ſangre enardeciò tu pecho,
dame palabra de eſcuchar templado
la razon de Hormeſinda, ò de tu planta
no me levantarè.

PELAYO.

Deſconfiado
prometo la atencion ; mas no es poſible.

SCE-

SCENA VII.

HORMESINDA. ELVIRA, y dichos.

ELVIRA.

Llega, Señora.

HORMESINDA.

Ay qué dolor terrible
me oprime el corazon! De la congoja
desfallezco temblando: ſoy de hielo.

PELAYO.

Su delito la aumenta el deſconſuelo.

FERRANDEZ.

No es delito el rubor.

HORMESINDA.

Señor::: Hermano:::
Què digo? Ay infeliz!

PELAYO.

En vano, en vano
me apellidas con nombre que aborrezco.

HORMESINDA.

Ay Cielos! Què es de mì! Què no merezcò
ni atencion, ni piedad? Què es eſto? Cómo
Los ojos vuelves con ayrado roſtro?
Hermano! O dulce hermano!

PELAYO.

Infiel hermana.

HOR-

HORMESINDA.

Què nueva anſia! Quál barbaro tormento
de nuevo me acomete! Quando aliento
de mi hermano me diò la confianza,
hallo eſte alivio! Es eſta la eſperanza
que en tì fundè, Pelayo?

PELAYO.

Què mas quieres
que ver que con indigna tolerancia,
viendote ſin honor, mire primero
tus lagrimas fingidas, que tu ſangre?
Pero remedie el vengador acero
mi tardanza, y tu culpa.

ELVIRA.

Cielo ſanto!

HORMESINDA.

Ay de mì!

FERRANDEZ.

Tèn la colera, y la eſpada
por mì, por ella, y la palabra dada.

PELAYO.

Pues ya que de leal, ò de imprudente
me intentas detener, recto Juez quiero
ſu deſcargo eſcuchar: nunca ſe cuente
que huvo Juez ſordo: ni la mas violenta
paſion obſte al que aſpira à juſticiero.
Mas què diſculpa (ò Cielos!) dar intenta?

Cómo es posible hallarla ? O si la hallára !
Què feliz fuera yo ! Pero son vanos
inutiles deseos. Dì infelice,
desgraciada muger, que hermana es nombre
que se estremece el labio, si lo dice.
Dì: son estos los frutos de tan grandes
trabajos por la Patria tolerados ?
Son estos los laureles deshojados
sobre nuestra prosapia generosa ?
Es posible que es esa tu alevosa
sangre, sangre del justo Recaredo ?
Què en medio de la colera espantosa
que oprime à tu Nacion, tù iniqua puedas
mirar su ruina con enjutos ojos ?
Què no tiembles de horror viendo despojos
de la muerte à los tuyos ? Què à Isidoro,
tu joven primo, en piezas dividieron ?
Muriò gritando el bravo Theudiselo
del estrivo arrastrando, y su caballo
le lleva rebolcandose en el suelo.
Què :::

FERRANDEZ.

Escuchala Señor. *Deteniendole.*

ELVIRA.

Piedad, Infante.

PELAYO.

Quàl puede ser satisfaccion bastante
de

de crimen tan horrendo? Aſi mantienes
el honor de tu eſtirpe, que ſoſtengo
à precio de mi ſangre, y de mi vida?
Para eſto ver de Cordova yo he vuelto,
y Abdalaſis mi cuello ha perdonado?
Què en poco tiempo que faltè à tu lado
mas perdiſte, que en tantos infortunios
con inmenſas fatigas yo he ganado?
O ley barbara injuſta! O imprudente
Legislador, que promulgò primero
la ley cruel, que el credito, y la fama,
por la virtud mil ſiglos conſervados
pendan de los volubles pareceres
de la fragilidad de las Mugeres!
Mas no pudo embotar con fieros hados
la punta à las duriſimas eſpadas.

HORMESINDA. (no.
Hermano:: Ay de mì triſte! Infante:: Herma-
Yo :: sì :: Què horror! No hay culpa :: Quièn
(penſára:::
Eſto eſperè :: Eſte apoyo. Amparo vano...
Triumpharà mi enemigo :: Anguſtia rara...
Deſpues de mis deſdichas :: Eſto ſolo
faltaba à mi dolor :: Deſamparada,
y ofendida :: O rigor! A quièn los ojos
funeſtos volverè? Ya, ya el aliento

me falta, y yo tambien muero.

Cae desmayada.

FERRANDEZ.

Al momento
socorred à la Infanta.

ELVIRA.

Ay Dios! Ay triste!

Retiranla.

PELAYO.

Sufrirlo puedo apenas; pero viste
qual la puso en el ultimo conflicto
solamente el horror de su delito?
Son Munuza, Zulema, ni los Moros
los que lo dicen solos? Trasamundo,
y ella misma, que es mas, no lo publíca
con la propia aflicion de su deshonra?
Què suplicio mas fiero à un delinquente
havrà, que hacerle su maldad presente?
Y havrà quien se oponga à su castigo?

FERRANDEZ.

Yo, Señor, te suplico :::

PELAYO.

Què enemigo
aun seràs de mi honor, y mi reposo?
Què mas indicio quieres?

SCENA VIII.

TRASAMUNDO, y dichos.

TRASAMUNDO.

Valeroſo
Principe nueſtro: pues la ocaſion llega
no la malogre, ni vengar dilates
la afrenta de tu hermana. Fue el suceſo :::

PELAYO.

Cielos! Otro dolor? Señor, no trates
tan funeſtos aſuntos: la ſangrienta
venganza que yo tome, te aſegure
de que eſtoy ya informado de mi afrenta:
no tú me la renueves.

TRASAMUNDO.

Informado
eſtàs, y con verdad?

PELAYO.

Ya nada ignóro.

TRASAMUNDO.

De lengua fiel?

PELAYO.

El gran Dios que yo adoro
dirijirà mi brazo.

TRASAMUNDO.

Y te parece

que hice bien en callartela ?

PELAYO.

Merece
tu lealtad mil premios.

TRASAMUNDO.

Se creyera
delito tan atròz, y abominable ?

PELAYO.

Tan ſolo contra mì poſible fuera.

TRASAMUNDO.

Què dirà el mundo ? O crimen execrable !

PELAYO.

Veràs oy mi venganza.

TRASAMUNDO.

Mis conſejos,
mis fuerzas, aunque débiles, mis gentes,
eſtamos à tal Principe obedientes.
Y oy ha de ſer ?

PELAYO.

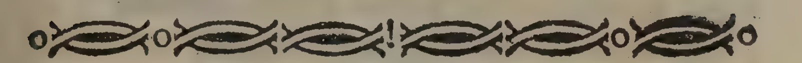
Los ultimos reflexos
no verèmos del Sol, ſin que yo fiero
la venganza execute, juſticiero.

TRASAMUNDO.

Diſpon de nueſtros bienes, y las vidas,
que ya ſon tuyas: un deſeo ardiente
reyna en noſotros de mirar cumplidas
tus venganzas, y verte ſatisfecho.

FER-

FERRANDEZ.
Solo la confuſion reyna en mi pecho.



ACTO III.

SCENA I.

PELAYO. GAUDIOSA.
TRASAMUNDO. FERRANDEZ.

GAUDIOSA.
Es poſible, Señor, que la fortuna
nos mire tan adverſa, que vencidos
peligros tan inmenſos, parecia
que fueſe à amanecer un claro dia,
y en nuevo horror nos vemos ſumergidos?
Que apenas los Altares ſe ocultaban,
quemado el ſanto incienſo, que ofrecia
por tu llegada, quando ya ſus iras
parece que el Abiſmo ha conjurado
contra noſotros!

PELAYO.
Al corazon fuerte,
Princeſa, aſi los Cielos han querido,
y aſi porque le quieren le acriſolan.

 No

No fuera yo de tu grandeza digno
con menos fieros males agitado.
Aqui te ofrezco un pecho acoſtumbrado
à mas terribles penas que la muerte:
y ojalà que à tus plantas ofrecerte
pudiera, como yo pensè algun dia,
los Reynos de los Godos eſtendidos
deſde la ardiente Libia haſta Narbona.

GAUDIOSA.

Tan ſolo à tu virtud, no à la Corona,
Señor, aſpiro en tì: de mi amor caſto
no ſon precio los Cetros de los Godos,
ni el Imperio Oriental: ſi dable fuera
que yo tus infortunios no ſintiera,
la ocaſion celebrára, que yà tengo
de moſtrar que es à tì, no al poderìo,
ni à la Purpura ſacra el amor mio.

PELAYO.

Baſta, Princeſa: O quièn ſe hallára ahora
digno de tales voces! Mi deſgracia
aùn no es de tan gran bien merecedora.

Vaſe Gaudioſa.

TRASAMUNDO.

Los Aſtures, y Cantabros famoſos,
(Pueblo indomable, eſcandalo de Roma)
à inclinar la cerviz poco enſeñados,
con tardía cadena mal atados,

buſ-

buſcan tus pies humildes, todos claman
por ſu Señor, por todos ſus ancianos
la Religion, la vida, las haciendas,
y el alma depoſitan en tus manos.

PELAYO.

Gran principio ha de ſer à las hazañas
de la reſtauracion de las Eſpañas
mi venganza primero: en eſte dia
dìles que admitirè la grande ofrenda
deſpues que vengue yo la afrenta mia.

TRASAMUNDO.

Corto eſpacio imagino al grande intento.

PELAYO.

Sobra à mi pundonor, ſobra à mi aliento.

TRASAMUNDO.

No deſapruebo el noble ardor; mas dudo
de la celeridad.

PELAYO.

Señor, no dudes,
ni pienſes que la vida conſidero
mas que como caſtigo de mi afrenta,
mientras vive el culpado impunemente.
Ni imagine Gaudioſa, que yo intente
ofrecerla (què horror!) mi enjuta mano
no humedecida con aleve ſangre.

TRASAMUNDO.

Yo admito eſe contrato, sì, y lo juro.

Què grande alma! Què heroyco! Cielo Santo!
Y Vos, Inteligencias Celestiales!
en cuya proteccion espera España,
vuestra piedad venero: tan del todo
no aniquilasteis el aliento Godo,
quando en medio de tales infortunios
conservais, à pesar del Moro ardiente,
juventud tan heroyca, y tan valiente!
Vive dichoso, ò joven! Quién pudiera
seguirte con mas firme, y velòz planta
como en la edad pasada! Quando al Moro,
que ya està à mis heridas enseñado,
le hice volver al Africa gimiendo,
y el estrecho cegué con sus Navios,
caliente con su sangre, y al Rey Vamba
presenté de Bucefa el rico alfange.
O quién tuviera aquel antiguo brio,
la juventud gallarda, y floreciente
de aquel tiempo! O què tiempo tan dichoso!
Quando contra Hilderico sedicioso
el justo Vamba al falso Conde Paulo
embiò à las Galias, y el aleve Conde
amotinò el Exercito: en persona
fue el Rey à castigarle, y yo à su lado,
y el piadoso Monarca solamente
se limitò à quitarle el Talabarte,
que à mì me puso con sus propias manos,

el

el miſmo que del hombro eſtà pendiente.
Veisle aqui, y las inſignias, y el Eſcudo
de ſu pérfido Dueño: en dias ſolo
como éſte en que Pelayo à vernos vuelve
le uſo, al cuidado de eſta mi Gaudioſa.
Con èl la vez poſtrera (ò doloroſa
memoria!) fui à ver al Rey Rodrigo,
que no le he viſto mas: Què lozanìa
moſtraba yo con èl en algun tiempo!
A Pelayo en un todo parecia:
aſi marchaba, y me plantè à eſe modo:
aſi ſobre las armas deſcanſaba
quando alguno me hablò. Mas què ſimplezas
digo? Perdona, Infante, à un triſte anciano,
que es eſte nueſtro genio.

PELAYO.

No lo ſano
del diſcurſo me aparta: otros aſuntos
me retiran, Señor, de tu preſencia.

SCENA II.

FERRANDEZ. TRASAMUNDO.

FERRANDEZ.

Traſamundo, à tu zelo, y tu prudencia
toca evitar gran mal: ſin duda alguna.
Mucho engaño padece nueſtro Infante:
yo

yo procurè advertirle , y no me eſcucha.
Tus canas: tu conſejo:::

TRASAMUNDO.

Ni mis canas,
ni mi conſejo faltan à Pelayo.
Sè bien tu lealtad, sè bien tus ſanas
intenciones , por eſo te haces digno
de que yo no te calle una advertencia.
De los Principes ſiempre reverencia
los muy altos deſignios que emprendieron.
Menos daño los Godos padecieron
quando en los baños de Toledo holgaba
Rodrigo con la Cava , y ſus amores.
Del Cielo los Decretos ſuperiores
le huvieran caſtigado à èl ſolamente.
Un Vaſallo uſurpò la accion del Cielo,
pues caſtigar al Rey toca à Dios ſolo;
y aſi hàn llovido indiferentemente
deſdichas ſobre todos , aun mayores (da;
que el daño à quien ſe diò venganza horren-
y ſiendo aſi eſto , hoy que venera Eſpaña
tal Padre de la Patria , Rey tan juſto,
de corazon invicto no domado,
en las duras batallas enſeñado,
eſperanza , y delicias de los ſuyos:
con quál extremo agradecer debemos,
un bien tan grande , y tan divino al Cielo,
que le coſtò cuidado el eſcogerle? FER-

FERRANDEZ.

Tu dictamen, Señor, de mi fiel zelo
nada dista.

TRASAMUNDO.

Lo sè.

FERRANDEZ.

Pero advertencias,
con el debido obsequio no repugnan
à un Vasallo leal. Pelayo piensa : : :

SCENA III.

ELVIRA. FERRANDEZ.

ELVIRA.

Quièn darà à mi Señora la defensa
que su desgracia necessita?

FERRANDEZ.

El Cielo
no ignora mi cuidado, y mi desvelo.
Si otro medio no es dable, en desafio
defenderè à Hormesinda, y su pureza.
De una asta penderà la infiel cabeza,
y el morado albornòz de cifras lleno
bordadas por su Mora, harè se rinda
por alfombra al Estrado de Hormesinda.

ELVIRA.

La suerte aun ese alivio ha de negarte.

SCE-

SCENA IV.

ELVIRA. TULGA.

TULGA.

Munuza mi Señor, ácia esta parte
pensativo parece se retira,
quizà le aquexa algun gran mal, Elvira,
serà en tì urbanidad el retirarte.

ELVIRA.

No me es desagradable huir su vista.

SCENA V.

MUNUZA. TULGA.

TULGA.

No està finalizada la Conquista
de la Iberia, Señor, de tus piedades,
quièn creyera ser hijas este dia
la infiel obstinacion, y rebeldìa?

MUNUZA.

No sè con eso què decirme inten ta.

TULGA.

Gran Munuza, las prontas, y violenta
execuciones en rebelde gente,
aseguran el Cetro solamente.
El inconsiderado atrevimiento
del vil Pueblo, un catastrophe sangriento

le reprime tan ſolo, y inſolencia
la exceſiva piedad cauſa al cobarde,
pues juzga la piedad por cobardìa.
De eſtos viles Eſclavos quièn dirìa
que volvieſen à unir los Eſquadrones,
haciendo uſanos de ſu gente alarde,
pues yà armados eſtàn. Nueſtros parciales
nada me ocultan, ni ocultar quiſieron,
que à Pelayo por Rey reconocieron,
y tu muerte ſolícitos intentan
el morado pendon yà tremolando.

MUNUZA.

Què dices, Tulga? Eſe enemigo vando
de Eſclavos foragidos, infelices,
à quien ſu abatimiento, y mi deſprecio
los libertò de eſtar encadenados,
à tanto ſe atrevieron? Què? Aùn ignoran
que el poder Mahometico triunfante
traſtornò los Imperios de Levante?
Y que excediendo à Mario, en la abraſada
Libia, y ſus eſpantoſos arenales
hicimos, à peſar de ſus Dragones,
de Catòn la gran marcha celebrada?
No miran el joyèl de mi turbante,
y el Real calzado, de ſu Rey deſpojos,
y baldon ſuyo, que de mis enojos
huyó aunque herido, (el bruto rebentado)
li-

librandole la noche encapotáda.
Si à Efpaña con Exercitos, armada
pufimos yugo en la cervìz altiva,
còmo podrà oponerfe ya cautiva
al poder Sarraceno? Què? Aùn ignora
que una débil muger caufa fue fola
de la infame cadena que hoy arraftra?
Pues otra muger pérfida echa al cuello
de Efpaña los poftreros eslavones,
y el triunfo me ha de dar fu mifma muerte.

TULGA.

Cid Munuza: què dices? De quàl fuerte
tan dificiles máquinas difpones?

MUNUZA.

Oye, y admiraràs mis invenciones.
Quando mi brazo, y prevenida gente
inutil fuera, ò la ponzoña ardiente
difpuefta para el fin, fe malográra:
y quando la fortuna me eftorvára,
que al cuchillo, ù al tofigo fe rinda
la vida de Pelayo, y de Hormefinda.
Entonces, Tulga, quando parecìa
que todo el gran proyecto fe perdìa,
le veràs confeguir: fu mifmo hermano,
ò por fentencia, ò por fu propia mano,
la darà muerte fiera. Horror tan grande
fupe aftuto infundirle: no lo dudes.

Mat

Mas ſi ni eſto ſe logra , eſtà Zulema
pronto à matarla à todo rieſgo , y luego
ſabrà eſparcir la voz de que Pelayo
fue el barbaro , y horrible fratricida.
Y eſta fama en los ſuyos eſtendida,
(la piedad infundiendo los rencores)
què eſperas que produzca , ſino horrores,
eſcandalos , tumultos , y alborotos
contra Pelayo ? Y de el furor valìdos
en medio del motin de ſu vil Plebe
equivocada, muerte le darèmos,
de ſus miſmos parciales ayudados.

TULGA.

Prontos tendràs tus Arabes ſoldados.

MUNUZA.

Aſi toda la Eſpaña ſometemos
al Africano yugo , y les cortamos
la eſperanza de nueva Monarquìa,
aun quando à tal aſpire ſu oſadìa.

TULGA.

Solo encargo, Señor, la diligencia,
(antes que el ciego vulgo ſe repare)
pues ella en las empreſas importantes,
principalmente el exito aſegura.

SCENA VI.

MUNUZA. PELAYO.

PELAYO.

Quàn en vano en un pecho generoso
los esfuerzos inutiles procuran
dar alientos à un noble, y ofendido!
Munuza amigo: si Pelayo ha sido
digno de tu amistad, pues tantas veces
nuestras desgracias has compadecido:
ayudame à sentir mi pena horrible,
y duelete del trance en que me veo.
O triste precision! Què no es posible
hallar medio en mi grande desventura,
sino es el ser infame, ò fratricida?
Yo à mi hermana quitar la dulce vida?
Yo vivir por sus hechos afrentado?
Terribles dos extremos! Dime, amado,
y amigo muy leal, què executáras
si en tal conflicto como yo te halláras?

MUNUZA.

Lo que debes hacer, Pelayo amigo,
por tierna compasion no te lo digo;
pero lo que yo hiciera, esto serìa.
En mi imaginacion yo fixarìa
la augusta, y nobilisima ascendencia,
venerada de todas las Naciones,

lle-

llena de lauros, triunfos, y blasones:
el clamor de la fama voladora,
el pundonor de un noble delicado:
con què poco se pierde lo ganado:
con què facilidad se recupera:
quàn poco à un corazon heroyco altera
ni el vinculo de sangre, ni otras viles
pasiones vergonzosas femeniles.
Quàntos nobles exemplos dà la historia,
dando al alma valor con la memoria:
què infame que es un Noble ya afrentado:
què heroyco que es un Noble ya vengado:
què poco al ofensor nadie le debe:
què hazaña es el castigo de un aleve:
quanto mas le conviene à un Godo Hispano
ser Noble heroyco, que afrentado hermano:
quànto el vencerse à sì : : :

PELAYO.

Basta, Munuza.
Què dices? Pues tan débil me imaginas,
que repare en estragos, ni en ruìnas
por mi decoro? Morirà Hormesinda
con esta espada.

MUNUZA.

Lo que à tì te toca
sabràs sin duda hacer: como tu amigo
que soy, no debì yo ver un testigo

 de

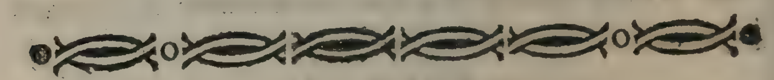
de tu deshonra : el cómplice perverſo
ſacrifiquè en tu honor con cruda muerte.

PELAYO.

O fiel amigo ! O Cielos ! De tal ſuerte,
que todo el mundo ya mi bien procura?
Y ſolo aumento yo mi deſventura
con piedad afrentoſa ? : : : Ya eſtà dada
la ſentencia fatal.

MUNUZA.

Quán generoſo
es tu pecho , Pelayo ! Què glorioſo
te verè ſin tal mancha ! Amigo digno
de Munuza , y entonces en tus ſienes
pondrè (mi juramento te lo abona)
de Aſturias , y Cantabria la Corona.



ACTO IV.

SCENA I.

PELAYO. HORMESINDA.
FERRANDEZ. ELVIRA.

HORMESINDA.

No teneis que animarme : à los vencidos

no haver ya que perder, infunde aliento.
No puede ſer mas grande mi tormento,
ni mi afrenta mayor. Pelayo, muera,
muera tu hermana sì; pero ſiquiera
viva mi fama, y no con mancha indigna
de mi progenie iluſtre, reputada
por vil muger: cobarde, y deſmayada
no me veràs ahora: tu decoro
me aníma para hablarte: no la vida
te pido, que aborrezco ſin la fama.
Yo miſma al opio, al hierro, y à la llama
me entregarè guſtoſa; pero advierte,
que à tu inocente hermana das la muerte,
creyendo en aſeſinos, y traydores.
No ſon Tulga, y Munuza mis mayores
enemigos: me ofende mas Pelayo.
Pelayo, tù te acuerdas de la eſcuela
de nueſtra dulce, y ſuſpirada Madre.
Ay Madre mia! Dí, de nueſtro Padre
deſgraciado los ſantos documentos
que nos daba, olvidaſte; què has creìdo
que los haya tambien pueſto en olvido?
Juzgas que aquella educacion, y exemplo
faltò de mi memoria, haciendo agravio
à tus Padres, y mios, à tì propio,
y à mì, que ſoy tu hermana, aunque infelice?
Lo que el vil, el traydor Munuza dice,

ſin examen creìſte: deſgraciada
nacì: la infame vida eſtimo en nada.
Mas no tendràs diſculpa: cruel hermano
te llamarà el Alarbe, y el Chriſtiano.
Terribles infortunios te amenazan
entre los Moros: las reliquias Godas,
reliquias de Tarif, y el fiero Muza,
que eſta montaña conſervaba, todas
ſeràn aniquiladas. Traycion grande,
ſin duda, hay contra tì: tendrè el conſuelo
de que muero ſin culpa: no ſe diga
jamàs que huvo en la hermana de Pelayo
mancha, ni dólo, y digaſe que muero
por tu guſto: mas ay! cómo algun dia
ſentiràs con dolor la muerte mia,
y con remordimientos inmortales
juzgarás que las furias infernales
alvergas en tu pecho, y la memoria
te atormentarà horrible quando ſepas,
que por creer la acuſacion impía
de la canalla infiel Mahometana,
(què horror!) mataſte à tu inocente hermana!

PELAYO.

Valgame Dios! Què dices? Vive, vive,
mi hermana, mi Hormeſinda, que no puedo
tu llanto reſiſtir.

ELVIRA.

Albricias, Cielos! Fi-

FERRANDEZ.

Finalizaron ya los deſconſuelos.

HORMESINDA.

No à mi razon atiendas ſolamente,
mi inocencia ſabràs de Traſamundo,
juſto, y cierto ſerà lo que èl dixere.

PELAYO.

Valgame Dios! Què dices? Muere, muere,
deſdichada muger, baldòn, y afrenta
de Godos, y Eſpañoles.

HORMESINDA.

Què? què es eſto
Pelayo? Aùn hay mas penas?

PELAYO.

Traſamundo
es tu mayor contrario. Pues creìas
que apoyaſe ſu honor tus demasìas?
No cabe en tal virtud: èl, èl intenta
que con tu ſangre lave yo la afrenta
de los Chriſtianos, ni me dà à Gaudioſa
haſta que mueras tù, para mi eſpoſa,
ni cómo era poſible!

HORMESINDA.

Ay Dios eterno!
Ah nuevo! Ah horrible! Ah imprevenido gol-
(pe!
Armòſe contra mì todo el Infierno,
Tambien èſto? Eſto ſolo me faltaba:

Contra mì Trasamundo? Quièn creyera
tan repentino horror? De quien fiaba
oigo tal? Dónde irè? Pierdase todo:
Vida vil! Ya no quiero honor, ni vida.
Por mì volverà el Cielo. Ea matadme,
que el Mundo infame, y pérfido aborrezco,
porque con esto de una vez se acaben
(quando al cuchillo mi cerviz se rinda)
las horrendas desgracias de Hormesinda.

SCENA II.

HORMESINDA. TRASAMUNDO.
ELVIRA.

TRASAMUNDO.

Què alteraciones en vosotras miro?
Què nueva confusion, y sobresalto
vuestro semblante anuncia? No perdamos
la esperanza, Hormesinda, que aun no todo
se anegò en Guadalete el valor Godo.

HORMESINDA.

No es tiempo de callar: ya que yo muera
no juzguen culpa en mì la cobardia.
Trasamundo, Señor, quièn juzgarìa
de vos tan gran maldad!

TRASAMUNDO.

Precipitada

Hor-

Hormeſinda, què dices?

HORMESINDA.

Què eſperabais
de mì ſino lamentos doloroſos,
eternas, y triſtiſimas querellas
por vueſtro proceder tan no eſperado
de vueſtro exemplo, canas, y prudencia?
Conoceiſme? Sabeis mi alta aſcendencia?
Sabeis mi pundonor? Y aunque lo diga,
mi honeſtidad, virtud, recogimiento,
y regia educacion.

TRASAMUNDO.

Lo sè, Hormeſinda.

HORMESINDA.

Pues en què os ofendì? Por què ſangriento
mi muerte procurais? Tal ſe creyera
del juſto Padre en quien la Patria eſpera?
Vos prometiſteis del traydor Munuza
defenderme: mas yo quien me defienda
de vos ya neceſsito. Tan infame
ſoy, que pedìs mi muerte? Quál delito
me originò tal ódio! Soy yo acaſo
la que llamò à los duros Agarenos
de los altos Alcazares de Zeuta
con el rojo pendon de Lunas lleno,
y à voces à embarcar los animaba
contra los Godos en venganza ardiendo,

y

y incitando las armas eſpantoſas,
que tan grandes deſdichas nos trajeron?
Yo, miſera infelìz, què deſventuras
à los Godos causè? Què formidables
Exercitos armè contra la Patria?
Yo no traje à Tarif deſde Damaſco,
ni de Libia llamè al ſobervio Muza.
Miſera! Què hacer pude que incitaſe
contra mì tal furor en los Chriſtianos?
Yo llorè ſus deſgracias. No fue el Cielo
por mis ruegos tambien importunado?
No implorè ſus piedades? Ofendida
mas que yo quièn havrà? Quièn de la ſuerte
ſufriò mayor tormento? El vil Munuza
valído del conflicto violentada,
me deſposò con ritos execrables.
(Tiemblo de horror diciendolo) Ah cuitada!
Morirè ſin vengarme! Aborrecida
de los mios irè profuga, y triſte
à pedir el favor de los Infieles,
ò à morir entre barbaros crueles,
pues ſoy abominada, y Traſamundo
haſta verme morir, niega à mi hermano
de ſu Gaudioſa la ofrecida mano,
queriendola dotar con mi inocente
ſangre, pues juzga que ſu eſtirpe afrente.

TRA-

TRASAMUNDO.

Hormeſinda infelìz, mal informada
muger, què dices? Yo matarte intento?
Yo culpo tu conducta? Yo me afrento
de tu ſangre? Yo hacer nada en tu ofenſa?
Yo dexar de morir en tu defenſa?
Cómo es poſible!

HORMESINDA.

Es vano el diſimulo:
Pelayo, sì, Pelayo: èl miſmo ahora
acaba de decirmelo, y el nombre
de Traſamundo le excitó los odios,
que à templar ya empezaba con mi llanto.

TRASAMUNDO.

Què nuevo aſombro es eſte? Cielo Santo!
Aqui hay gran mal oculto! Satisfecha
aùn no eſtà tu juſticia, ya deshecha
en campos de Xerèz con rabia impìa
la Goda triunfadora Monarquía?
Aun no con tanta ſangre hemos pagado
del infelìz Rodrigo el gran pecado?
Què dura el juſto enojo todavia?
Engañada Hormeſinda:::

ELVIRA.

Infanta mia,
Traſamundo callad, que he diviſado
á Munuza que viene.

TRA-

TRASAMUNDO.

De el malvado
quiero huir la preſencia. Vendrè à verte.

SCENA III.

MUNUZA. HORMESINDA. ELVIRA.

HORMESINDA.

No quede à mi dolor ninguna ſuerte
de alivio que no buſque. Deſpechada
tendrè ſiquiera el frivolo conſuelo
de inſultar con furor à mi enemigo
de furias implacables agitada.
En fin, Munuza, en fin :::

MUNUZA.

Si deſpechada
me pretendes hablar, à ſolas quiero
ſatisfacerte, haz que ſe aparte Elvira.

Vaſe Elvira.

HORMESINDA.

Ya nadie eſcucha. En rabia, y mortal ira
arde mi pecho. Eſtàs, cruèl, contento
con mi deſgracia ya? Quedò tormento
que no me hayas fierìſimo buſcado?
Engañar à mi hermano tù has logrado,
y hacerme aborrecible. El Dios eterno
de los Chriſtianos, à quien firme adoro,

y

y en quien eſpero, los caſtigos juſtos
por infamia te dè tan execrable.

MUNUZA.

Muger deſeſperada: aunque mas hable
tu paſion, no ſe ofende mi grandeza.

HORMESINDA.

Tambien eſe deſprecio? Ay tal fiereza!
Pues tù quién eres? Quáles tus acciones
ſon, ſino infamias, robos, y trayciones?
Quándo entre Arabes fuiſte tù eſtimado?
Y entre los nobles Godos què has valìdo?

MUNUZA.

Valdrè al menos los Godos que he vencido?

HORMESINDA.

Con infidelidad, y alevosìas.

MUNUZA.

Ya no puedo ſufrir mas demasías.
Ahora ſabràs à quièn has ofendido.
Con inaudita eſpecie de tormento
he de darte el mas barbaro caſtigo,
pues no oye ahora mi voz ningun teſtigo.
Conozco tu razon, sè tu inocencia,
que atropellè con impetu, y violencia.
A tu hermano engañè, te lo confieſo,
por lograr tus favores, y por eſo
con fingidas promeſas fue embiado
á Cordova, y alli á ſer degollado.

No

No ſe logrò mi intento! Por gozarte,
pues no huvo otro remedio, deſpoſarte
logrè conmigo, aunque deſeſperada:
Pero tú, aunque conmigo deſpoſada,
mi lecho abominaſte: tal deſprecio
paguè con tu deſcredito, y has ſido
reputada por fragil: te ha adquirido
la infamia tu imprudente reſiſtencia.

HORMESINDA.

Viva mi honeſtidad en la preſencia
del Cielo, y tengame por delinquente
el Mundo, por tu exceſo temerario.

MUNUZA.

No fue exceſo: porque el favor no alabas
de ſervirſe el Señor de ſus Eſclavas?
No te amè, y tanto bien tù le has perdido?
Què mayor bien que amor correſpondido?
Corrido eſtoy, rabioſo, y deſpechado
de no haver tus favores conſeguido,
aunque de ello en tu oprobio me he jactado.
Pues ſufre mis enojos: de mi mano
digna te quiſe hacer, y me ultrajaſte.
No advertiſte quién fueras, y quién eres?
A ſer creyente huvieras ya aſcendido
de la alta Religion de el gran Mahoma;
y por fin, con el tiempo huvieras ſido
quizà la principal de mis mugeres,

y à tu hermano mandàras como Esclavo.
Imaginaste que tan necio fuese
que hablar primero à tì te permitiese
con lagrimas, y extremos engañosos,
propios de vuestro sexo, acostumbrado
con ellos à triunfar, y me expusiese
à un desayre tal vez? Eso querias?
Ah, cómo ignoras las cautelas mias!
Desde los años de mi tierna infancia
aprendì con astucias, y trayciones
el arte de engañar los corazones;
y sè, que al que se juzga poderoso,
la primera noticia impresion hace,
y es dificil borrarsela: excelente
virtud se necesita, que hay en pocos,
pues pocos imaginan, que se atreva
nadie à engañarlos, ni que serlo puedan.
Mira à quién ofendiste, desgraciada,
y no serà (te juro) impunemente.
Quién te librarà ya de mi venganza?
Tu mismo hermano (tanta confianza
de mí le persuadì) poder me ha dado
de que haga yo justicia à mi alvedrio.
No hay piedad, ni remedio: tu desvio
te costarà la vida, y al instante
à una hoguera voràz con mil cadenas
seràs llevada presa à quemar viva.

HOR-

Cielo! esto sufres? Fiera tan altiva
consientes en el Mundo? Para quándo
guardas los rayos? Quán abominable
maldad! y què horrorosa! Detestable
Politico infernal, feròz injusto,
Autor de los delitos mas atroces,
pérfido, de quál Monstruo de las Sirtes
fuiste engendrado? O si pluguiese al Cielo
que en las ondas se huviera sumergido
con remolinos la maldita Nave,
que pasò à las riberas Españolas
Monstruo tan inhumano, y tan horrendo!

MUNUZA.

Para tu pena, y tu mayor tormento
vuelvo à decirte, que eres inocente;
pero todos te juzgan delinquente,
y has de morir infame, y despreciada
de los tuyos, y al fuego condenada.

SCENA IV.

HORMESINDA. ELVIRA.

HORMESINDA.

En fin, què no hay remedio à mis desdichas!
Quièn se viò en tal angustia?

ELVIRA.

Ay de nosotras!

re-

reducidas de nuevo à ſer eſclavas
entre barbaros fieros, y crueles.
Adónde irèmos, miſeras cuitadas?
A que nos den por Arras à ſus Moras,
à ſervir en ſus baños delicioſos,
ò à labrar ſus Marlotas, y Almaizares.

HORMESINDA.

O! acabeme mi anguſtia, y mis peſares!

SCENA V.

FERRANDEZ. ELVIRA.

ELVIRA.

Ferrandez, es poſible que à Pelayo
no podais diſuadir? Que ſolo pende
de ſu yerro la vida de ſu hermana,
y aun la ſuya, y la nueſtra, y un tan leve
inconveniente cauſa tal deſdicha,
tan facil de enmendarſe, y no ſe enmienda?
Nueva eſpecie de pena, y mas tremenda,
que ſi fuera la pena irremediable!

FERRANDEZ.

Què quieres que en dolor tan lamentable
yo te reſponda, Elvira? Yo he fixado
carteles en que reto, y deſafio
al que acuſe à Hormeſinda; mas Pelayo
miſmo lo eſtorva: dice que es impìo

modo de hacer justicia hechar la suerte,
ò en el mas venturoso, ò el mas fuerte.

ELVIRA.

Pues yo voy à morir con mi Señora.

SCENA VI.

TRASAMUNDO. FERRANDEZ.

TRASAMUNDO.

Ferrandez, tu lealtad conozco ahora:
Quièn lo huviera pensado: Nos perdemos.
Ya el gran palenque, y grande hoguera vemos,
(horroroso cadahalso de Hormesinda)
en la llanura proxima que linda
con el muro, alli tiene el cruel Munuza,
esquadrones de yeguas Africanas,
sus tostados Lanjetes, y Barrajis,
con adargas de Fez resplandecientes,
aljubas, y alquifaes de escarlata
estàn sobre las armas: à los Cielos
sube la llama: Niños, y Doncellas
tìmidas, los ancianos, y Matronas
suspiran con silencio, pues los Moros,
à los que oyen llorar los alancean.
Y culpan à Pelayo de sus lloros,
pues publica el pregon que asi lo manda.

FER-

FERRANDEZ.

Què esto se sufra? Una Española Infanta
morir asi? A los Principes se debe
advertir quando acaso se equivocan,
lo que es muy cierto; que saber quisieran!
Quien debe, y puede, ofende si lo calla.
No hace el Vasallo al Rey otros favores,
sino avisarle humilde lo que ignora.
El modo hace rebeldes, y traidores,
que los consejos no, (quando es preciso)
Los Vasallos leales de rodillas
advierten à su Principe llorando,
y èl lo agradece: estàn los Españoles
esentos de sospecha, no à sus Reyes
solo veneran; sino aun al Tyrano:
responda Juba, y Cesar el Romano.

TRASAMUNDO.

Mas es Padre que Rey un Rey de España.

FERRANDEZ.

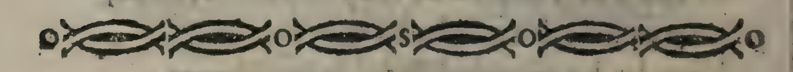
Pues de rodillas quiero, que le engaña
Munuza el vil con lagrimas, decirle,
y haga entonces su agrado, que à servirle,
y à obedecerle nadie irà mas presto.
Vamos, Señor, al punto.

TRASAMUNDO.

Mas qué es esto?
Què confusion! Què estrepito se escucha!

Què inquieta, y dolorosa vocerìa?
Ya oygo el rumor del Pueblo, ya vecinas
se oyen las armas, y aun lucir las veo:
ya suenan herraduras de caballos,
y à lo lexos el son de las sordinas.

Ruido.



ACTO V.

SCENA I.

TULGA. TRASAMUNDO.

TULGA.

Nada Munuza obrò que con Pelayo
antes nô consultase: asi de justo
logrò el renombre, y de Pelayo ha sido
por eso en tal reputacion tenido.
Y es ir contra Pelayo el que à Munuza
repugne.

MUNUZA. *Saliendo.*

Què es aquesto? Dì à Pelayo,
que hoy verà mi amistad, que hoy se establecen
entre nosotros las propuestas paces
con pactos ventajosos.

TRA-

TRASAMUNDO.

Y Hormesinda

dónde està?

MUNUZA.

A mì me toca ese cuidado.
Harè lo que su hermano me ha rogado.

TRASAMUNDO.

Voy temblando, y confuso. *Vase.*

TULGA.

Està dispuesto
quanto encargaste: el fuego, la ponzoña,
las Tropas, los amigos, las veredas,
los pasos, los caminos, las celadas,
los rumores, promesas, y zizañas...
Todo està, nada falta.

MUNUZA.

Pues al punto
entren à esa infelìz encadenada.

SCENA II.

HORMESINDA *con prisiones.* ELVIRA. ZULEMA. TULGA. MUNUZA. *Guardias de Moros, y algunos Christianos con grande aparato.*

HORMESINDA.

Ay infeliz muger! Ay desdichada!

MUNUZA.

Escuchad, Moros. Atended, Christianos.
No juzgueis mis decretos por tyranos,
pues yo mas que vosotros me enternezco
de tan triste espectaculo, y tan tierna
juventud malograda, y hermosura.
Yo la contemplo una inocencia pura;
mas què he de hacer? Su Hermano à voces (clama,
que la entregue à voráz, y ardiente llama:
Quizà tendrà motivos que le impelen.
Yo protestando al nombre sacrosanto
de el Miramamolin, y el gran Mahoma,
en su nombre executo la justicia,
las ordenes cumpliendo de Pelayo.

ZULEMA.

Tu compasion, y rectitud admira.

ELVIRA.

Señora! Ay de nosotras!

HORMESINDA.

Solo es tiempo
de convertir ya en merito la pena.

ELVIRA.

Ay què desdicha! Ay muerte de horror llenà!

HORMESINDA.

En fin, que ni mis ruegos, ni mi llanto,
ni mi llanto tristisimo, y inutil,
ni mis tiernos suspiros arrancados

con

con profundo dolor de mis entrañas,
ni el tranſito fatal en que me veo
cercada de congoxas, y de anguſtias,
ni mi razon, ni mi inocencia al Cielo
pudo apiadarle! Ay què dolor terrible
me oprime el corazon! A quièn los ojos,
los triſtes ojos de llorar canſados,
tanto tiempo en los Cielos enclavados
ſin fruto, volverè? Por todas partes
la imagen eſpantoſa de mi muerte
miro en viſion horrenda: en vano fuerte
me intento hacer. Soy débil muger flaca,
de inumerables penas combatida:
mil enemigos mi inocente vida
tiene ſin culpa. Ay barbaro tormento!
Infelìz Hormeſinda! Ay deſdichada!
Adònde voy? Què harè? Precipitada
en un abiſmo de anſia, y deſconſuelos
(què pena!) eſtoy: Valedme, Santos Cielos!

ELVIRA.

Ay Dios! Ah Eſpaña! Ay miſeros Chriſtianos!

HORMESINDA.

Ay! El mas infelìz de los hermanos,
que eſto quieres Pelayo! Ay! Si me vieras!
Ay! Como acaſo ya te enternecieras
en ver à tu inocente hermana triſte
en tal anguſtia, y trance! Ay! Y nacida
de

de las miſmas entrañas que naciſte!
Dònde eſtàs que no me oycs? O Chriſtianos!
Llevadle mis ſuſpiros poſtrimeros,
decid que ſu ignorancia le perdono,
que reſignada por ſu guſto muero.
Que ſolo ſiento el lance temeroſo
quando ſe deſengañe: Ay! Quàntas veces
repetirà mi nombre pavoroſo!
Què grande horror le eſpera! Dios eterno,
voy à morir cargada de cadenas?
Dadme en eſte conflicto fortaleza:
ſirva mi muerte de exipiar la culpa
de Eſpaña, y pague ſolo mi cabeza.

Un Chriſtiano.

O trance horrible! O barbara fiereza!

TULGA à MUNUZA.

Fortuna nueſtro intento favorece.

HORMESINDA.

Mas ya que muera, ſi algo te merece
Hormeſinda, Munuza, pues mi hermano
te fue leal, pues fuì de tì querida,
que me dès te ſuplico, no la vida;
ſino la muerte menos riguroſa.

MUNUZA.

Qualquiera muerte es una miſma coſa.

HORMESINDA.

Pues muerta yo, publìca mi inocencia.

MUNUZA.

Executad al punto la ſentencia.

HORMESINDA.

Ser una hermana por ſu miſmo hermano
ſentenciada à morir! Y ſin delito!
Y à ſu enemigo pérfido entregada!
Què atrocidad! O Cielo! Ay deſdichada!

MUNUZA.

Vé infelìz à morir, y haz con tu vida
inutil ſacrificio à tu Propheta:

A las Guardias.

Y voſotros guardad el gran ſuplicio,
haſta ſer en cenizas reducida.

SCENA III.

TULGA. PELAYO.

PELAYO.

Triſte imaginacion! Què combatida
de funeſtas ideas! Mas què eſtruendo,
y rumor de la Plebe enſordecido
turba los muros de la antigua Gigia?
Tulga: es Munuza fiel? Me he equivocado
en el juicio que de èl tengo formado?

TULGA.

Eſo dudas, Pelayo? Vendrà ahora
à firmar los tratados de Alianza.

SCE-

SCENA IV.

TRASAMUNDO. PELAYO.

TRASAMUNDO.

Gran Pelayo, fiel, y ultima esperanza
de la infelìz España que ya espira:
Què es esto que nos pasa? En què desgracias
vamos precipitandonos?

PELAYO.

El Cielo
Asi lo permitiò: con menos fuertes
remedios no es posible que se cure
mi pundonor herido, y mancillado,
y aun doy gracias al Cielo, pues me ha dado
tan grande amigo, que à su cargo tome
mi deshonor, y à su venganza acuda:
Munuza, el fiel Munuza:::

TRASAMUNDO.

El fiel Munuza?

PELAYO.

El fiel Munuza, sì: què te suspende?

TRASAMUNDO.

El fiel Munuza? O Cielos! Con que entiende
Pelayo que Munuza, el vil Munuza
es su Amigo?

PELAYO.

Pues qué? De lo que digo
nadie se admirarà?

TRA-

TRASAMUNDO.

Sème teſtigo
ò Dios que lo ves todo, que Munuza
es alevoſo, es pérfido enemigo....
Sè que engañado vives: èl ſobervio
ſacrifica à Hormeſinda à ſu fiereza.
El es facineroſo: ella inocente.
La lealtad de Eſpaña es obediente,
Y aun con importar tanto, dilataba
deſengañarte, porque te enojaba.

PELAYO.

Traſamundo, no adules mi deſeo
con nuevos impoſibles: ſi aſi fuera!
Mas ay! que es muy cruel mi ſuerte fiera!

TRASAMUNDO.

No es cruèl, es benigna, el Cielo quiere
volver por la inocencia de Hormeſinda,
ſin cauſa perſeguida: deſpechado
Munuza de haver ſido deſpreciado,
conociendo tu honor, te hablò primero
que otro te hablàra, para que ſevero
la dieras muerte, y ódio te adquirieras
de tus Chriſtianos, y acabar con todos.
Yo, Gaudioſa, Ferrandez, y los Godos
todos lo ſaben; ſolo tù lo ignoras.

PELAYO.

Con que fueron ſus maximas traydoras?

TRASAMUNDO.

Traydoras, y à tu muerte dirigidas.

PELAYO.

Pues dime: y estas letras? ...

TRASAMUNDO.

Son fingidas
por mano infame del falsario Tulga.
Lo sè... Y la trama, y pérfido artificio...

PELAYO.

Trasamundo: es verdad?

TRASAMUNDO.

Pues aùn lo dudas?
Dios Sacrosanto, que con Infinita:::

PELAYO.

Suspende el juramento: Y mi inocente
hermana dónde està?

TRASAMUNDO.

Con sus doncellas
juzgo que està llorando recogida,
esperando la muerte por instantes,
para lo qual se la entregaste al Moro.

PELAYO.

Yo al Moro la entreguè? Yo.... Què.... Què (dices?
Tanta vileza en la sobervia hispana
fuera posible... Dònde està mi hermana?
Voy à abrazarla, y voy con penetrantes
heridas à matar al falso Amigo.
Es verdad? O me engaño? TRA-

TRASAMUNDO.

Lo que digo,
Dios eterno, confirmalo.

PELAYO.

No eſtorves
mis venganzas, Señor, con detenerme:
O! què funeſto, y què terrible dia
Es eſte para mí de mi llegada!
Que tanta infamia eſtaba preparada!
Suelta, Señor. *Deteniendole ſiempre.*

TRASAMUNDO.

Pelayo, los furores,
la precipitacion, ni la violencia
no lo remedian: ſolo la prudencia
puede valer quando el contrario es fuerte,
y ſi te precipitas, nos perdemos. *Deteniendole.*

PELAYO.

Eterno Dios! Què dices? Me horrorizo.
O, Pelayo infelìz! Ay de mì triſte,
hombre inconſiderado, y ſin ſentido! (to
Ay Dios! Què iba yo à hacer? En un momen-
quanto comprendo que ignorè haſta ahora?
De què ſueño profundo yo deſpierto?
Què horror! Ah vil Munuza! Ay Hormeſinda
mi hermana! Mi querida, y dulce hermana!
Preſago el corazon me lo decia.
Injuſto fui en creerte yo culpada.

Yo

Yo tomarè venganza tan horrenda
de tu agravio, que al fin le ſatisfaga.
Y juro por las almas generoſas,
que dejaron los cuerpos inſepultos
ya blancos eſqueletos, à la orilla
de el infauſto, y ſangriento Guadalete,
que ſi una muger fue la deſventura
de Eſpaña, otra ſerà quizà la cauſa
de ſer la mas triunfante Monarquía,
que à peſar de la Tierra, y Mar profundo
ſe iguale con los terminos de el Mundo.
Dónde mi hermana eſtà?

SCENA V.

GAUDIOSA, y dichos.

GAUDIOSA.

Traycion hay grande.
Zulema, de el amor que me ha tenido
barbaramente ciego, no ha podido
un ſecreto callar. Que no bebieſe
de el vino me encargò, que ſe ofrecieſe,
quando jureis las paces.

PELAYO.

Ah traydores!
Dónde mi hermana eſtà?

Queriendo irſe.

SCE-

SCENA VI.

FERRANDEZ, y dichos.

FERRANDEZ.

Creyò que fuese
facil, el vil Munuza, hacer odioso
su Principe à los claros Españoles:
No le valdrà su infamia: rodeados
de Tropa estamos ya por todos lados,
por traycion de los Moros.

PELAYO.

Al instante
acudid à las armas. *Deteniendole.*

TRASAMUNDO.

Calla, Infante.
No son esos estremos tan precisos,
ni anduvieron los tuyos tan omisos,
que no estèn prevenidos à la muerte
por librar à tu hermana, y defenderte.
De Pedro, Duque de Cantabria, el hijo
està avisado: espera, porque à veces
no es licito en la Guerra errar dos veces.
Pues si el golpe se logra como espero,
contra el Africa vil de la montaña
rugiendo bajarà el Leon de España.

PE-

PELAYO.

Dónde mi hermana està, que no la veo?
Voy à buscarla aunque se oponga el mundo.

TRASAMUNDO.

Disimula un instante, porque creo
que aqui va à echar el resto la rortuna.

Vase Pelayo.

SCENA VII.

ZULEMA. MUNUZA, *con grande acompañamiento, y dichos.*

MUNUZA.

Oy se ve llena la Agarena Luna
de Gijòn en la Torre envanderada.
Oy la paz, y alianza confirmada
se verà entre los Moros, y Christianos.
Yo harè justicia indiferentemente
en nombre del Califa soberano.
Entre unos, y otros oy establecemo
la confederacion con firmes pactos.
Con finezas, con dádivas, y estremos
la amistad se confirme: oy brindarèmos,
y en señal de la fé que os he jurado,
tan recta es mi justicia, que forzado
mi corazón piadoso, y informado
por Pelayo, que muerte merecia

ſu triſte hermana, en eſte miſmo dia,
dando de mi virtud inſigne mueſtra,
ſin diſtinguir perſonas, Juez ſevero,
abandonando aquello que mas quiero,
la ſentencie à quemar. Ya executada
eſtarà la juſtiſima ſentencia.

TRASAMUNDO.

Cielos, què eſcucho?

FERRANDEZ.

Cómo tal violencia?

MUNUZA.

Eſperad à Pelayo.

GAUDIOSA.

Ay deſdichada!
Hormeſinda infeliz! Ay malograda!
Ay dulce hermana, y compañera mia
en todos mis trabajos! Eſto havia
la ſuerte reſervado à tu hermoſura?

FERRANDEZ.

Pierdaſe todo.

TRASAMUNDO.

Nada ſe aventura.

MUNUZA.

Teneos, ò mis Guardias ::: Mas què es eſto?

SCENA VIII.

PELAYO, *trayendo à* TULGA *Tropa de Cantabros, Aſturianos, y dichos.*

PELAYO.

Eſto es, infame, haver ya conocido,
por la vil confeſion de un fementido,
tus trayciones: Ahí tienes al malvado
digno Miniſtro tuyo: ya ha apurado
por fuerza el vaſo que me preparabas.
De los terribles Godos eſperabas
otras dádivas que eſtas, alevoſo?

MUNUZA.

Arma, arma, mis Alarbes, y Africanos.

PELAYO.

Arma, Cantabros mios, y Aſturianos.

Ruido de Guerra, y entranſe riñendo.

MUNUZA, *entrandoſe.*

Arma.

TULGA.

Indigno Munuza, de tal dueño,
y tal ſervicio, premio tal ſe eſpera:
con deſeſperacion ardiendo muero.
El corazon de anguſtia ſe me arranca!

Ay

Ay què dolor tan barbaro me oprime!
Mil vivoras me muerden las entrañas.
Vase cayendo.

SCENA IX.

ELVIRA. GAUDIOSA.

ELVIRA.

Ay infeliz! Gaudiosa: Ay desgraciada!
Los barbaros verdugos de mi amada
Señora me arrancaron: Què suspiros!
Què llantos! Què ternezas! Què afligida!
Què muerta! Ay què terrible despedida!

GAUDIOSA.

Què es esto, Elvira? Ay Cielo! A tal extre-
(mo
la desdicha llegò de los Christianos?
Ay esperanzas, y deseos vanos
de nuestra libertad! Mas dime... Cómo...
Por què à Hormesinda tan desamparada
dexaste en tal angustia? Dí, el malvado
precepto havrà ya sido executado?

ELVIRA.

Ya los ojos hermosos la vendaban,
y à la hoguera voráz ya la acercaban,
cuyo estallido, y fuego conociendo
temblò, y tiernos suspiros dolorosos
de nuevo se escucharon. Yo apartada

 fui

fui con violencia, y à buſcarte vengo,
y à ayudarte à llorar.

GAUDIOSA.

Pero què eſcucho?
Què eſtruendo de armas, y rumor confuſo?
Què roncos atabales, y bocinas
acercandoſe vienen? Què lamentos?
Què aſombroſa algazara, y vocerìa?
Ay triſte Eſpaña! Oy es tu poſtrer dia,
mas fatal que en Xerèz! Ay de noſotras
expueſto el cuello al Damaſquino Alfanje!
Ay Cielo ſanto! Y què terribie trance!
Ya haſta aqui llegan: Ay! Aparta Elvira.

Moros, y Chriſtianos riñendo dentro.

Un Chriſtiano.

Oy ya la Eſpaña, ò barbaros, reſpira.

Un Moro.

Deſde oy ſereis con yugos mas peſados
conducidos à Syria encadenados.

GAUDIOSA.

Elvira: Ay de noſotras infelices!
Mas quièn, ò Cielos! viene aqui?

ELVIRA.

Què dices?

SCE-

SCENA X.

HORMESINDA, *con las cadenas rotas.*
GAUDIOSA. ELVIRA, *y séquito.*

GAUDIOSA.

Què veo? Es ilusion? Cómo? Hormesinda!

HORMESINDA.

Dexad que gracias à los Cielos rinda
por tal bien: puedo apenas explicarlo:
la Providencia asi quiso ordenarlo.
Ya la hoguera fatal me amenazaba,
quando veis alli à Alfonso que llegaba
con sus Ginetes: el gallardo Alfonso,
hijo de Pedro, Duque de Cantabria.
Què sangriento combate! Què terrible!
El rompiò mis cadenas: sorprendidos
huyeron los infieles :::

SCENA XI.

TRASAMUNDO *apresurado, dichos,*
y Christianos.

TRASAMUNDO.

Ya vencidos
quedan los Moros con horrible estrago,
y el barbaro Munuza, que esforzaba

la obstinada defensa, de Pelayo
viò espantado brillar la ardiente espada.
Se embisten ferocisimos. Què asombro!
Què espantoso combate! Al fin el Moro
blasfemando colerico, y tremendo,
diò un gran gemido, y con horrenda herida,
pálido el rostro de color de muerte,
midiò la tierra el barbaro espantoso,
mordiendola rabiando en sangre tinto,
rebolcandose inquieto, y con visajes,
quedando abominable, y horroroso,
con presencia infernal, yerto cadaver.

GAUDIOSA.

Justisimo castigo, y no venganza.

Saca un Christiano la cabeza de MUNUZA *clavada en una lanza.*

TRASAMUNDO.

Veis la horrible cabeza en esa lanza
manando sangre, y arrastrando el cuerpo,
con ignominia lleva el vulgo al fuego,
que antes para Hormesinda fue encendido.

Todos.

Albricias! Que ya el Cielo se ha apiadado.

SCE-

SCENA XII.

PELAYO. FERRANDEZ. *Dichos, y Christianos con espadas desnudas.*

PELAYO.

Perdonas à un hermano, que engañado
con tanto indicio, aunque por tiempo breve,
dudò de tu virtud?

HORMESINDA.

Hermano mio....

Abrazase.

PELAYO.

Digna de ser hermana de Pelayo.
Mi hermana! Mi Hormesinda, hermana ama-
Que logro verte viva, y verte honrada! (da...

HORMESINDA.

En què peligro estuve!

PELAYO.

Destilando
viene aun mi espada la caliente sangre
de tu enemigo: Vesla aun exalando
el ultimo vapor?

HORMESINDA.

Dios Soberano
volviò por mi inocencia.

PE-

PELAYO.

Pues lo allana
todo el Cielo, marchad à Cobadonga.
Desde alli la conquista se disponga
de España, y escarmienten los Tyranos,
y en su prosperidad no estèn ufanos:
Ni jamàs desespere el inocente,
pues Dios hace justicia; y si enojado
nos castigò en Xerèz, ya se ha apiadado.

CORO.

O si pluguiese al Cielo
que Pelayo lograse,
como ha logrado esta feliz hazaña,
la mas gloriosa de librar à España!

NOTA.

El Autor se contenta con haver hecho evidente, que el Pueblo Español no es tan barbaro como le imaginan: y si ha admitido bien una obra menos imperfecta que las comunes; quànto mejor admitirà las perfectisimas, que sin duda daràn los Criticos que le corrijan sus defectos, y mas si consiguen una excelente execucion.